



Universidad de
SanAndrés

Universidad de San Andrés

Departamento de Ciencias Sociales

Licenciatura en Comunicación

*Entre la contención y la retención: dimensiones significantes en el
desplazamiento y la circulación de las personas en situación
de calle*

Autor: Facundo Nazareno Suenzo

Legajo: 22251

Mentora: Paula Magariños

Victoria – 30 de mayo de 2014

Agradecimientos

A la Universidad de San Andrés que, por medio de la beca Abanderados Argentinos, me brindó la invaluable oportunidad de formarme en una casa de estudios con personas de una calibre humano y profesional inigualable.

A cada uno de los profesores que inculcaron en mí la semilla del conocimiento. Entre ellos, a mi mentora, Paula Magariños, por despertarme la inquietud en la investigación y por darme la oportunidad de aprender todos los días.

A Silvia Ramírez Gelbes, profesora y colega con valores únicos, por transmitirme su vocación de enseñanza, por confiar y apostar a que los alumnos investiguemos y transformemos la forma de hacerlo.

A mis mejores amigos, Ayr, May y Lu, compañeros de ruta y de vida. Con ustedes aprendí y aprendo día a día los valores de la amistad. A mis amigos de la distancia, Agus, Fanny y Fede por estar sin importar dónde nos encontremos.

A Nacho, mi otra mitad, el lector más atento y crítico que tuve, por confiar en mí y enseñarme que con amor las cosas son más fáciles.

A mis viejos y a mi hermana, por bancarse la distancia, por confiar en mí y por haberme enseñado que con honestidad, responsabilidad y coraje todos los objetivos se pueden alcanzar.

Sin todos ustedes esto no hubiera sido posible. Gracias infinitas.

Índice

1. Introducción.....	3
1.1 Organización del trabajo.....	6
2. Revisión del estado de la cuestión y encuadre teórico	7
2.1 Exclusión y segregación social	8
2.2 El espacio signifiante	10
2.3 Sobre el espacio público.....	13
2.4 Personas en situación de calle	15
2.5 Espacios de cuidado.....	18
2.6 Movilidad: motivaciones y condiciones.....	21
2.7 Hacia una definición de hogar.....	22
2.8 Las personas en situación de calle: la situación en Buenos Aires.....	23
3. Estrategia metodológica	28
3.1 Preguntas de investigación	28
3.2 Diseño metodológico, corpus y estrategia de recolección de información	28
4. Análisis.....	31
4.1 La dimensión representacional.....	31
4.2 Descripciones sobre personas en situación de calle.....	31
4.3 Tipologización.....	33
4.3.1 La cuestión generacional.....	34
4.3.2 Vulnerabilidad.....	35
4.4 La dimensión espacial.....	37
4.5 Rutinas y recorridos	37
4.6 Reglas e institucionalización	39
4.6.1 Institucionalización de un estilo de vida anómico	41
4.7 Relaciones sociales situadas.....	43
4.7.1 Relaciones entre personas en situación de calle.....	43
4.7.2 El encuentro con el otro	44
4.8 Interacciones <i>in situ</i>.....	47
4.9 Ideología subyacente en los valores	48
4.10 El Estado: rechazo y oportunidad.	52
5. Conclusiones preliminares	55
5.1 Identidades vaciadas	56
6. Bibliografía	62

1. Introducción

“*Cuando me asalta el miedo invento una imagen*”. Esta es la frase de Goethe con la que Paul Virilio (2006, p.89) piensa en la ciudad pánico. Esa ciudad, es descrita por autor como una máquina de guerra; epicentro de la crisis de lo político y de lo bélico, conceptos estrechamente ligados para el autor. La desregulación y la desrealización de las grandes ciudades operan una inversión: la ciudad, históricamente centro de las civilizaciones, se ha vuelto el centro de la desestructuración de la humanidad (Virilio, 2006).

La ciudad, como hoy la conocemos, ha sufrido diferentes metamorfosis no solo en sus vertientes de conceptualización teórica sino mismo en apariencia y significación. Grandes transformaciones en la economía mundial en las últimas décadas trajeron consigo la consolidación de grandes metrópolis, en donde los patrones culturales cada vez se encuentran menos ligados a un territorio específico sino a una confluencia de lo global en lo local, y viceversa, expresada en diferentes operaciones de poder. Castells, describe la “sociedad de la información y del conocimiento” como aquella en donde el poder se transmite a través de redes internacionales y es definido en torno a valores e instituciones: lo que se valora e institucionaliza está definido por relaciones de poder (Castells 2000, 2009, 2002).

No exenta de la lista de grandes metrópolis, la Ciudad de Buenos Aires también ha experimentado cambios socioeconómicos estructurales que obligan a repensar las formas tradicionales de concebir los intercambios entre personas y la circulación urbana. Un fenómeno que se visibiliza es el creciente número de personas en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires y los desplazamientos que realizan entre paradores, comedores y hogares como parte de su experiencia cotidiana. En base a dicha observación se abrió la

posibilidad de buscar relaciones entre estos dispositivos de ayuda y la vida de las personas en situación de calle, lo cual se buscará plasmar en este trabajo de graduación.

A modo de contexto, según datos relevados por el *Homeless World Cup*,¹ se estima que hoy en día habría 15 mil personas en situación de calle en la Provincia de Buenos Aires de los cuales el 4.500 serían niños. Por otro lado, la Encuesta a personas sin hogar alojadas en Hogares de Tránsito y Paradores Nocturnos realizada por el Gobierno de Buenos Aires (Ministerio de Desarrollo Social, 2009), señala que debido a la complejidad y heterogeneidad del colectivo sujeto al análisis, es difícil, por un lado cuantificar los datos con precisión debido principalmente al *nomadismo* como modo de vida, por el otro, emparentar razones *a priori* sobre las principales causas que derivan en la pérdida de la vivienda o simplemente su no pertenencia.

La organización Médicos del Mundo, estima que hay 15.000 personas en una situación ampliada, y en situación de calle literal alrededor de 4000/5000 personas en Buenos Aires; la situación de calle ampliada no se compone sólo de personas que están físicamente en la calle, sino de aquellas que también coexisten con esa probabilidad; además suma a todos los que en algún momento estuvieron, ya sea porque pueden ser desalojados, porque están en un hogar de tránsito o porque reciben un subsidio transitorio (Rosa, 2013).

En lo que refiere a dispositivos de ayuda para las personas en situación de calle, la red de alojamiento dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires se encuentra conformada por paradores nocturnos, hogares de tránsito y un centro de integración. Existen tres paradores: los paradores nocturnos de Retiro y Bepo Guezzi, para hombres solos mayores de 18 años y el parador Azucena Villaflor para mujeres solas o con hijos

¹ Dichos datos se encuentran segmentados por país y están disponibles para su consulta en su página Web <http://www.homelessworldcup.org/content/homelessness-statistics> Consultada el día 27/09/2013 a las 00:47hs.

menores. Luego cuenta con dos hogares: el Hogar de Tránsito Félix Lora, para hombres solos, y el Hogar de Tránsito 26 de Julio, para mujeres solas o con hijos menores. Finalmente, también cuenta con un centro para albergar a grupos familiares, el Centro de Integración Costanera Sur.

Por otro lado, también existe un vasto número de organizaciones sin fines de lucro, dependiente de fundaciones, grupos vecinales u organizaciones eclesióásticas que componen una red de ayuda para personas en situación de calle brindando servicio como duchas, paradores nocturnos y comedores, entre otros.

Ahora bien, se ha estudiado la vida en la calle en Buenos Aires en la mayoría de los casos desde la perspectiva que las mismas personas en situación de calle tienen sobre sí mismos. Los abordajes han sido eclécticos; desde la psicología (Malanca, 2003), desde la sociología (Rosa, 2013) y también desde la antropología (Pallares, 2009, 2010 y 2012). La novedad para este trabajo será, aunque de manera preliminar, poner en juego dos dimensiones hasta el momento estudiadas por separado: los dispositivos de ayuda y la circulación en un esquema sociosemiótico. Entender qué rol tiene los dispositivos de ayuda para personas en situación de calle en la conjugación y limitación de rutinas e itinerarios, y cómo la organización espacial y temática de estos dispositivos puede generar efectos de sentido en la definición de las identidades y las experiencias cotidianas, serán algunos de los propósitos de esta investigación.

Este trabajo comienza con la revisión de la literatura distribuida en función de las principales dimensiones de análisis e interpretación que se desarrollarán en adelante: exclusión social, espacio, espacio público, significación en el espacio, por un lado; por el otro, personas en situación de calle, noción(es) de hogar, desplazamiento y circulación comprenden algunos de los conceptos clave de la investigación.

1.1 Organización del trabajo

En el apartado de metodología se describe la estrategia de recopilación de información y justificación del método y las técnicas utilizadas así como también de las preguntas que orientan la investigación.

Luego, el análisis se divide en dos grandes dimensiones, por un lado la representacional que engloba las representaciones sociales sobre las personas en situación de calle como estereotipos, imágenes y tipologizaciones; por el otro, la dimensión espacial, a su vez, subdividida en macroespacial y microespacial que comprende los itinerarios y recorridos que las personas en situación de calle recrean y los recorridos propuestos por los dispositivos de ayuda a través de su organización temática, respectivamente.

Finalmente, en la última sección, se describen algunas conclusiones y comentarios preliminares sobre el objeto de análisis así como también se delimitan campos y universos para potenciales investigaciones.



2. Revisión del estado de la cuestión y encuadre teórico

Dentro del campo de las ciencias sociales, para abordar el estudio se acudió a textos de diferentes campos, con diferentes metodologías y enfoques; desde la sociología, la antropología y la comunicación hasta la geografía y la bioética. En los siguientes apartados se detallan algunas aristas teóricas que, a los efectos de comprender la información recopilada, son importantes en este trabajo.

El apartado primero introduce el marco contextual en el cual el fenómeno se desenvuelve; exclusión y segregación socioespacial, especialmente como procesos sociales circunscriptos históricamente. El apartado segundo expone algunas distinciones fundamentales: la diferencia entre espacio y lugar; los actores sociales, su experiencia y apropiación de lugares públicos. Por consiguiente, el apartado tercero propone desplegar el debate sobre el espacio público, la construcción de civilidad y el derecho a la ciudad. En el apartado cuarto, se describe el tópico de las personas en situación de calle: distinciones en el modo en el que se las nombra y su relación con el espacio público. En quinto lugar, parte también de nuestro objeto de análisis, se da cuenta de la existencia de diferentes dispositivos de ayuda denominados por Conradson (1999) como “espacios de cuidado”. A continuación, en el apartado sexto, se detallan las posturas y modelos de Wolch, Rahimian y Koegel (1993) y Cloke, May y Johnsen, (2008), entre otros, sobre la movilidad de las personas en situación de calle; movilidad voluntaria e involuntaria y las condiciones de traslado. Seguidamente, en el apartado séptimo, se conceptualiza la noción de hogar; las dimensiones física, legal, social y la emocional-simbólica. Finalmente, en el apartado ocho, se describen algunos trabajos sobre personas en situación de calle en Buenos Aires.

2.1 Exclusión y segregación social

El giro económico neoliberal, la modernización tecnológica y las políticas de ajuste que culminaron con un aumento repentino del desempleo y una baja del gasto público en lo que refiere a coberturas sociales, fueron las principales características que el Estado argentino experimentó durante la década de 1990 (Svampa 2005). Estas mutaciones desencadenaron distintos procesos de desigualdad y de exclusión social que no solo afectaron a un número creciente de la población, sino que también produjeron importantes cambios en la estructura social a través de la generación de nuevas formas de estratificación social y de segregación espacial (Althabe, 2005 y Roberts, 2007 en Palleres, p.2). Entre los efectos regresivos de la liberalización económica se destacan el aumento de la desigualdad de ingresos, el crecimiento de la pobreza, la instalación de la desocupación como problema estructural del funcionamiento de la economía y el aumento de la precariedad laboral (Dalle, 2010, p.66).

A este proceso de cambio social en Argentina, según Dammert (2001), se suma la violencia y el temor que a su vez generan nuevas formas de segregación socioespacial en las ciudades. Esta situación se evidencia en las principales urbes argentinas donde en las últimas décadas las clases medias altas y altas han usado el discursos de la inseguridad como una justificación a nuevas formas de segregación espacial en la ciudad canalizados, por ejemplo, en la expansión de los barrios cerrados (Dammert, 2001, s/p).

De este modo, el aumento de la exclusión social se manifiesta en una progresiva precariedad de las estructuras sociales que afecta a todos los aspectos de la vida, tanto el acceso a los medios materiales necesarios para la subsistencia (vivienda, escuelas, hospitales, transportes), como las formas mismas de convivencia y los mecanismos de

gestión social y cultural (Palleres, 2012, p.2). Además, los procesos de segregación socioespacial han disminuido los espacios de interacción entre sectores de orígenes sociales distintos, produciendo una espacialización de las relaciones sociales con la constitución de fronteras sociales cada vez más rígidas (Roberts, 2007; Svampa, 2005).

“Se trata de una situación de aislamiento – agrega Palleres (2012, p.3) – que niega a los habitantes involucrados la posibilidad de interacción y de reconocimiento mutuo”; el acceso a uno de los principios fundamentales la vida urbana y de los derechos ciudadanos. Se trastoca de este modo el sentido mismo de la ciudad como espacio de convivencia humana, de encuentro, de intercambio, de complementación y de enriquecimiento intercultural (Hidalgo Dattwyler, 2007; Velásquez 2007).

Para comprender dichos cambios socio-estructurales no podemos escapar a la noción de exclusión social. Durkheim y sus reflexiones en torno a la anomia y la cohesión social o mismo Lévi-Strauss y la construcción del lazo social serán conceptos a los que volveremos más adelante en el trabajo. Por otra parte, Robert Castel (1997) une a la exclusión con la desafiliación o el desmoronamiento de la sociedad salarial; su análisis apunta a la disolución del tejido social como consecuencia de la reestructuración del mercado laboral y del Estado social. Así, la exclusión, en tanto sinónimo de desafiliación, es el espacio social donde se mueven los individuos desprovistos de recursos económicos, soportes relaciones y protección social (Bachiller, 2010, p.64). La pobreza urbana va de la mano con el aislamiento; la reestructuración del mercado de trabajo en conjunto con los procesos de urbanización y modernización, ha conducido a la individualización, a una atomización que amenaza los lazos tradicionales de solidaridad social (Bachiller, 2010).

Un concepto que, podríamos arriesgarnos a decir, involucra de alguna manera al de exclusión social, es el de segregación socio-espacial. De este último, se desprenden dos

cuestiones relevantes. En primer lugar, su variabilidad social y cultural (Wacquant, 2007). En efecto, en distintas sociedades son segregados grupos sociales definidos (en Estados Unidos durante mucho tiempo los “negros” fueron víctimas de segregación vehiculizado en los diferentes establecimiento geográficos como los guetos). En segundo lugar, la temporalidad de la segregación; es decir, su variación a lo largo del tiempo. La segregación puede aumentar o disminuir, su escala puede variar e incluso, pueden transformarse los atributos y relaciones que están en la base de los procesos de segregación (Carman, Viera y Segura, 2013).

Al mismo tiempo, y aunque *a priori* parezcan fenómenos distintos, es preciso remarcar el surgimiento – tras las transformaciones desarrolladas en las ciudades contemporáneas – de un constructo teórico basado en un nuevo modelo urbano que, por lo pronto, habría sustituido a aquel bajo el cual se cimentó la ciudad moderna industrial. Este modelo se caracteriza por su orientación a *estetizar y recualificar* la urbe, más que satisfacer ciertos requerimientos sociales (vivienda, salubridad) vinculados a su uso, aprovechamiento y apropiación por parte de todos los sectores de la ciudadanía (Thomasz, 2013, p. 62). De este modo, si antes predominaba la exigencia de hacer funcional la ciudad adaptándola a las necesidades derivadas de la economía basada en la producción industrial, estandarizando el espacio urbano y estimulando su circulación, hoy prevalece el impulso de hacerla “visible y atractiva” (Amendola, 2000).

2.2 El espacio significativo

En el espacio nos representamos los objetos sobre los que actuamos; es decir, donde determinamos su forma, su magnitud y la relación entre ellos (Kant, 2000 [1781]).

Existen quienes distinguen entre los conceptos de espacio y lugar (Casey, 2001; Easthope,

2004; Sack, 2001). Los lugares, para Massey (1995), son socialmente construidos, las personas *los crean* activamente. La idea de lugar como algo activamente creado por las personas es útil para capturar las experiencias de las personas sujetos en esta investigación. Ellos activamente crean lugares en los cuales viven e interactúan, y, opuesto a los espacios, estos lugares conllevan significados particulares para ellos (Easthope, 2004, p.137; Lofland 1998, p. 64).

Las acciones en el espacio requieren una estimación sobre la posición final a alcanzar por los movimientos de transporte y prevención, de la manipulación y transformación, o captura. La estimación de la distancia del objeto y la dirección del movimiento llevada a cabo se encuentran basadas en invariantes espaciales (Paillard, 1974) construidas por la experiencia, en la acción. En el espacio, los objetos no son percibidos solamente por la lectura de sus respectivas características sino que ganan significado a través de las acciones que les aplicamos (Piaget, 1964).

Por otro lado, el espacio disponible es limitado en referencia a otros de acuerdo a una forma gramatical dando al objeto situado una *superficie emergente* (Foucault, 1969), un valor y reglas que regulan otros objetos que ocupan diferentes lugares. Los diferentes espacios son, entonces, estructurados por lugares que los determinan. Los espacios son articulados por lugares superimpuestos o mutuamente excluidos, entrelazados o cruzados, abiertos o cerrados el uno al otro (Pellegrino y Jeanneret, 2009)

Allan Pred (1986) está interesado en cómo lo espacial se convierte en social y en cómo lo social se convierte en espacial. Al igual que Low (1993), interpretan que el concepto de “*Place*” siempre implica una apropiación y transformación del espacio y de la naturaleza que es inseparable de la reproducción y la transformación de la sociedad en tiempo y espacio (Pred, 1986; Low, 1983).

Desde un punto de vista semiótico, Määtänen (2009) pone en diálogo la semiótica de Ch. S. Peirce con el clásico texto de Lefebvre *La producción del espacio* (1991); concluye que el espacio social es el espacio de las prácticas sociales, y las prácticas sociales son siempre prácticas espaciales. Como sujetos culturales y sociales, somos seres encarnados – “embodied beings” – que nos movemos alrededor del espacio durante nuestras actividades sociales, cuando producimos y reproducimos el espacio social que nos rodea (Määtänen, 2009, p.458)

Pero ¿qué ocurre con el espacio que imaginamos y aquel que experimentamos? Existe un cierto *continuum* entre la imaginación y la realidad social; la imaginación individual puede ser pura fantasía pero si los demás comienzan a pensar de la misma manera, esa fantasía es gradualmente transformada en hechos con cierta realidad social en los cuales las personas tenderán a acomodar sus comportamiento (Ibíd. p. 460) Finalmente, Määtänen agrega: “los lugares del espacio social son definidos por significados; es decir, por hábitos de acción relacionados a esos lugares”² (Ibídem).

La construcción y organización espacial no responde a motivos azarosos. Tal es así que Foucault (2012) la concibe como una forma de materialización de la disciplina, el mecanismo de poder que regula el comportamiento de los individuos en el cuerpo social. Cabe recalcar que, para Foucault, el poder no es la disciplina, sino que esta es una forma simple en la cual el poder puede ser ejercido. Asimismo, también existen formas de resistencia al poder, batallas dadas en el espacio y el tiempo. **Cómo se experimentan dichas resistencias será uno de los objetivos de esta investigación.**

² “The places of social space are defined by meanings; that is, by habits of action related to these places” (Määtänen, 2009, p. 460).

2.3 Sobre el espacio público

La visión del espacio público como un espacio de construcción de ciudadanía y encuentro social, está anclada a la reflexión política acerca de lo público-privado; accesibilidad, transparencia y libertad. (Torres y Moranta, 2012). El análisis del espacio público es una cuestión que involucra un aspecto discursivo y filosófico, pero que también se expresa en el discurso de urbanistas y arquitectos, que, en alguna medida, refiere a aspectos de la promoción o el control de la sociabilidad y el encuentro social que se produce en la construcción de la ciudad (Borja y Muxi, 2001; Salcedo, 2002).

Madanipour (1999) define "espacio público" como esas áreas dentro de las ciudades, pueblos y también el campo, que son físicamente accesibles a todos, donde los desconocidos y ciudadanos pueden entrar bajo pocas condiciones. Otros autores, han buscado expandir dicho concepto y referirse a "cada lugar en el cual las personas usan cuando no están en el trabajo o en sus casas" (Shonfield, 1998); mientras que otros lo han prolongado al "ciberespacio" (Crang, 2000; Holmes, 1997).

Según Torres y Moranta (2012), el debate sobre el espacio público puede ser analizado considerando: (i) el espacio público como espacio de construcción de civilidad: espacio principal del urbanismo, de la cultura urbana y de la ciudadanía, de cuya calidad, multiplicación y accesibilidad depende en buena medida el progreso de la ciudad, añaden los autores; y, (ii) el espacio público como espacio de control y disputa que se sustenta en una visión crítica de la concepción romántica de un espacio público igualitario y accesible, posición desde la cual se analiza la disputa entre el control de lo urbano y la subversión de las prácticas de apropiación. Esta perspectiva plantea que el espacio público nunca ha sido un lugar armónico y completamente accesible, se señala que siempre ha sido un lugar

donde se han dado dinámicas inestables y procesos de exclusión (Torres y Moranta, 2012, p.11).

Michel de Certeau (Certeau, Giard, y Mayol, 2006) explica estos procesos de apropiación utilizando como metáfora la lectura; la práctica en el espacio público es como la lectura del texto de la planificación urbana y la arquitectura funcionalista desde el consumidor cultural, es decir, el transeúnte pasa a ser el ejecutor de un acto enunciativo de rememoración y significación del espacio basado en trayectos y mapas, que establece una diferencia entre lugar y espacio, donde el primero vendría a ser la disposición geométrica de objetos en relación y el segundo, “un cruzamiento de movilidades”, de operaciones que se actualizan en una contingencia circunstancial, y que instituyen un lugar practicado (Certeau, Giard, y Mayol, 2006 en Torres y Moranta, 2012).

Según los autores, este repertorio sobre el valor de la apropiación, está fundado en la reivindicación de un derecho a la ciudad (Lefebvre, 1973) que le corresponde a todo habitante en cuanto sujeto que interactúa socialmente dentro del marco urbano y que reafirma la exigencia de una presencia activa. Este derecho del ciudadano sería efecto de la segregación de todo aquello que no tiene participación en los privilegios políticos, y a partir de lo cual se hace legítimo reivindicar el derecho a apoderarse, encontrar y reunir; lugares y objetos que respondan a determinadas “necesidades” no tenidas en cuenta y a determinadas funciones menospreciadas. Este derecho a la ciudad encuentra su condición de expresión en el espacio público, en donde se busca revertir una situación de necesidad o privación, opción política antagónica o un modo no reglado de recrear vínculos de sociabilidad, en, según Mitchel (1995), un juego de confrontación entre públicos y contra-públicos que reproducen o desafían la concepción dominante de las relaciones sociales (en Torres y Moranta, 2012).

Burte (2003) señala que el espacio público puede ser objeto, escenario o incitador de los conflictos o incluso las tres al mismo tiempo; puede operar como objeto de conflicto por uso y ocupación, control y disputa entre los diferentes actores sociales que buscan hacer prevalecer su poder en la toma de decisión; como escenario el espacio público es una plataforma para manifestar el disenso político y público, así como para desplegar actos de violencia urbana sobre personas, inmuebles o mobiliario; como precipitador, finalmente, el espacio público puede transformarse en el depósito simbólico de la memoria colectiva que compendia significados y valores que dan cuenta de luchas pasadas ocurridas en el espacio público y que forman parte de la identidad y del pasado de la sociedad (Burte, 2003).

2.4 Personas en situación de calle

Según la ley de *Protección y garantía integral de los derechos de las personas en situación de calle y en riesgo a la situación de calle* se consideran personas en situación de calle a los hombres o mujeres adultos/as o grupo familiar, sin distinción de género u origen que habiten en la calle o en espacios públicos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en forma transitoria o permanente y/o que utilicen o no la red de alojamiento nocturno (Ley N° 3.706, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2011).

Por su parte, Calcagno las define como "toda persona que se halle pernoctando en lugares públicos o privados, sin contar con infraestructura tal que pueda ser caracterizada como vivienda, aunque la misma sea precaria. Vivienda precaria supone, al menos, paredes y techo que otorguen cierta privacidad, permitan albergar pertenencias y generen una situación relativamente estable: quien la posea no es sin techo" (Calcagno, 1999, p. 6 en Rosa 2013 s/p)

Otros autores, amplían la definición para incluir la vulnerabilidad –como probabilidad de

experimentar la situación de calle en el corto plazo – y las condiciones y posibilidades de acceso a una vivienda y argumentan que las personas sin hogar se pueden definir como aquellas que “no pueden acceder o conservar un alojamiento adecuado, adaptado a su situación personal, permanente y que proporcione un marco estable de convivencia, sea por razones económicas u otras barreras sociales, sea porque presentan dificultades personales para desarrollar una vida autónoma” (Avramov, 1995, en Cabrera, Rubio y Blasco, 2008).

Estas son personas, según Rosa (2012), que viven en una emergencia habitacional extrema y que dependen de la asistencia pública o privada para subsistir dentro de la ciudad. Sin embargo, Costa Losa (2009) agrega que no sólo implica la carencia de una vivienda que cumpla con los criterios mínimos de habitabilidad sino que también alude a la ausencia de relaciones sociales y familiares sólidas y del resto de atributos asociados al concepto de hogar (Costa Losa, 2009, p.6).

Bachiller (2009), a propósito, declara que las formas en que nombramos a los fenómenos sociales brindan indicios sobre los supuestos a partir de los cuales interpretamos la realidad. Al referirnos a quienes se ven forzados a residir a la intemperie, apelamos a términos como «vagabundos», «trashumantes», «carrilanos» o «transeúntes». Tales expresiones resaltan un aspecto de este problema social: el nomadismo. A su vez, quienes han investigado este fenómeno social coinciden en señalar a la movilidad como una de las principales particularidades de las personas sin hogar (Muñoz et al., 2003; Sánchez Morales, 1999; Cabrera Cabrera, 1998)

Rosa (2012) declara que una de las denominaciones más tradicionales para estos habitantes de la calle era “sin techo” pero ha dejado de utilizarse dado que se consideró que caracteriza de un modo negativo a quienes son enunciados de este modo, ya que solo

focaliza en cuestiones habitacionales. Actualmente, el término más utilizado, es el de “personas en situación de calle”. Esta categoría fue propuesta desde el Estado y es empleada por las organizaciones que la utilizan dado a que hace referencia a una “situación” (Rosa, 2012, p. 299). La autora decide, pues, denominarlos “habitantes de la calle” lo que implica “[un] proceso de significación, uso y apropiación del entorno que se realiza en el tiempo, y que por lo tanto nunca puede considerarse como “acabado”, ya que se está haciendo continuamente” (Signorelli en Duhau y Giglia, 2008, p. 22 en Rosa, 2012, p. 299).

Muchas investigaciones han girado en torno a las formas en las cuales las personas sin hogar están siendo consideradas “fuera de lugar” en espacios públicos en función de la forma en la que su presencia perturba la economía y estética de un lugar “revitalizado” (Cresswell 1996; Mair, 1986; Ruddick, 1996; Snow y Anderson 1993). Actualmente, existe un cuerpo de trabajos significativos que documentan la creciente exclusión de personas en situación de calle de lo que Ducan (1983) denomina el espacio “Principal” de la ciudad, debido a la preocupación general de la sociedad de que su “*spoiled identity*”³ (Goffman, 1963) podría de alguna manera manchar dichos espacios y, por extensión, las identidades de los demás haciendo uso de esos espacios.

La “purificación” del espacio público (Sibley, 1995) se ha producido en dos frentes principales. Primero, según los trabajos de Mitchell (1995,1997), en los últimos años se ha observado una marcada proliferación de ordenanzas, en los distintos niveles del Estado, destinadas a criminalizar las estrategias básicas de supervivencia en la calle; sin ir más

³ Se prefirió dejar el término en su versión original. Goffman lo define como: “disqualifies the stigmatized individual from full social acceptance”, Erving Goffman (1963). *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. Prentice-Hall.

lejos, la creación, si bien ya derogada, de la Unidad de Control del Espacio Público (UCEP) en la Ciudad de Buenos Aires en el año 2008⁴. Segundo, el “arsenal estratégico de la ciudad en contra del pobre” (Davis, 1992, p. 160) que incluye una policía cada vez más estricta y la introducción de elementos arquitectónicos (cerrado de galerías, vallado de plazas, diseño de cestos de basura cada vez más intrincados de “revolver”) diseñados para hacer más dificultoso para personas sin hogar ocupar espacios clave de la ciudad (ver también Soja 2000).

A la luz de esos desarrollos, Mitchell (2001) ha argumentado que nos hemos movido de una temprana “negligencia maligna” de personas sin hogar (Wolch y Dear, 1993) hacia un régimen mucho más punitivo dentro del cual es difícil, sino imposible, para “las personas sin hogar y otras personas de la calle simplemente vivir (al menos sin romper alguna norma)” (Johnsen, Cloke y May, 2006, p. 3).

2.5 Espacios de cuidado

No menos importante, incluso cuando la atención se ha vuelto hacia las formas en que las personas sin hogar son cada vez más excluidas de los espacios principales de la ciudad, también otros han observado un aumento en la atención social, evidente en el creciente número de refugios nocturnos, albergues y centros de día emergentes en los últimos años para proporcionar apoyo y refugio a las personas sin hogar (MacLeod, 2002).

⁴ Recordemos que entre sus funciones estaba mantener el espacio público libre de usurpadores por vía de la persuasión y la difusión de la normativa vigente y las sanciones correspondientes, colaborar operativamente en mantener el orden en el espacio público y colaborar operativamente en el decomiso y secuestro de elementos, materiales y mercaderías acopiadas ilegalmente en el espacio público o utilizados para realizar actividades ilegales en el espacio público.

Para comprender el funcionamiento de dichas organizaciones, es preciso rescatar los estudios de Erving Goffman (Goffman 1968, p.314), quien analiza las características las instituciones totalitarias y las define como instituciones establecidas para el cuidado de las personas que se consideran tanto incapaces e inofensivas; como hogares para ciegos, los ancianos, los huérfanos y los indigentes e incluye los espacios para cuidados de personas sin hogar en su tipología. Además, describe ciertas características afines como que: todos los aspectos de la vida son conducidos en un mismo lugar y bajo la misma autoridad (en nuestro caso de paradores y hogares); cada fase de las actividades de los miembros es llevada a cabo con la inmediata compañía de otros miembros; además de que cada actividad está estrechamente programada y situada temporalmente. Todo el círculo de actividades son impuestas desde arriba a través de un sistema de reglas formales explícitas y un cuerpo de funcionarios o voluntarios que las implementa. Este aporte, será importante en lo que refiere al análisis que se hará de los dispositivos-objeto.

Conradson (1999, 2003) ha denominado estos espacios como “espacios de cuidado”, surgiendo en los intersticios de un entorno urbano más hostil para ofrecer comodidad y atención a los excluidos del espacio principal de la ciudad (Cooper, 2001; Parr, 2000, 2003).

Parr (2000) ha sugerido que los servicios de contención para personas con problemas de salud mental útilmente pueden ser entendidos como "espacios de licencia"; espacios en dónde las personas que asisten no son tratadas como personas que deben ser “corregidas” mediante una privación de comportamientos, sino por el contrario, en dónde pueden expresarse libremente. Esta licencia, explica la autora, se logra a través de una colaboración entre el personal y los usuarios de los servicios para producir un entorno donde se consideren aceptables "normas inusuales" y "actuaciones normales inusuales": de tal

manera que la estética y los comportamientos corporales no convencionales pueden expresarse libres de la amenaza de "otredad" que acompaña a este tipo de conductas en el espacio público menos tolerante.

En el trabajo llevado a cabo por Johnsen, Cloke y May (2006), los autores declaran que es posible identificar tres factores que coalescen para crear diferentes dinámicas infraestructurales, sociales y emocionales, los que denominan "centros de día". En primer lugar, aunque prácticamente todos los centros de día lo comparten, el objetivo fundamental de proporcionar un ambiente seguro, cálido y acogedor (Llewellyn y Murdoch 1996; Waters 1992). En segundo lugar, la literatura que examina diferentes paradores para personas en situación de calle ha identificado consistentemente que las relaciones entre el staff y los usuarios son las características más importantes ya que influyen las experiencias de los residentes (Ann Rosengard and Associates 2001; Garside et al. 1990; Ham 1996; Harrison 1996; Neale 1997). Sin embargo, la habilidad de muchos centros para crear una atmósfera de refugio y relajación es limitada por las restricciones de financiación que los obliga a operar en edificios deficientes (Cooper 1997; Waters 1992). De este modo, y en tercer lugar, el mantenimiento de un ambiente estéticamente agradable, acogedor y 'hogareño' es sin embargo muy difícil en la práctica (Johnsen, Cloke y May 2006, p. 20).

Según Cooper et al. (1999) aun cuando estos centros intentan proveer espacios de refugio en donde la diferencia es minimizada, la necesidad de mantener cierta seguridad del staff y mismo de los usuarios requiere que sean, al menos en algún grado, espacios de control. Estos es parcialmente logrado mediante el establecimiento de reglas que gobiernan el comportamiento pero también, y no menos importante, mediante el diseño de espacios de vigilancia (Cooper et al.,1999).

2.6 Movilidad: motivaciones y condiciones

Ahora bien, como se aclaró, una de las premisas que dificulta la definición de persona en situación de calle o sin hogar es el nomadismo. Muchos autores han investigado la situación para indagar sobre los motivos que intervienen en la movilidad de los actores. Según Costa Losa (2009) -en referencia al modelo de Wolch, Rahimian y Koegel (1993)-, “la presencia o ausencia de redes sociales de soporte y -en el caso de que existan- su ubicación espacial, los recursos y limitaciones espaciales y su distribución, la localización espacial de los/las sin hogar y sus características personales y los factores - tanto estructurales como contextuales- económicos y políticos son elementos que, según este modelo, condicionan la movilidad de las personas sin hogar” (Costa Losa, 2009. p.93) . Así, por un lado, contamos con la movilidad voluntaria, motivada por las personas en situación de calle e impulsada principalmente por la satisfacción de las necesidades de supervivencia y por el mantenimiento de las relaciones sociofamiliares (Costa Losa, 2009, p. 93). Por ejemplo, la distribución espacial de los alojamientos y servicios sociales es uno de los condicionamientos de la movilidad de las personas sin hogar (Daly, 1998). También, los horarios de apertura de estos servicios condicionan las rutas y recorridos realizados y generan patrones de movilidad con cierta estabilidad (Cloke, May y Johnsen, 2008). En decir, que podemos encontrar cierta correlación espacio-temporal en lo que refiere a la movilidad de las personas en situación de calle.

Por otro lado, el modelo Wolch, Rahimian y Koegel (1993) también reconoce la movilidad involuntaria, la cual incluye aquellos desplazamientos que las personas en situación de calle son forzadas a realizar en contra de su voluntad y que les obligan a abandonar ciertos lugares (Costa Losa, 2009, p.99). Según Mitchell (1997) este tipo de movilidad en algunas

zonas urbanas está causada por la preocupación política de una correcta proyección de la imagen de la ciudad y, en concordancia, con el interés por atraer capital monetario. Al mismo tiempo, por la intención municipal de evadir la responsabilidad de gestionar el “sinhogarismo” (Law, 2001).

Finalmente, la movilidad y el traslado se convierten en imprescindibles cuando los recursos de los que pueden disponer para sobrevivir o mejorar su situación se encuentran dispersos o fragmentados en el espacio. Es decir, los mecanismos de inclusión social, igual que los de exclusión, son multidimensionales; el recorrido de la exclusión a la inclusión no es posible con la mejora en un solo ámbito de la vida cotidiana sino que deben producirse mejoras en la diversidad de ámbitos y la movilidad es uno de estos ámbitos. Las oportunidades de transporte y la libertad de movimiento pueden devenir en elementos de inclusión social (Costa Losa, 2009, p. 102)

2.7 Hacia una definición de hogar

Parte de la dificultad en la definición de persona en situación de calle o sin hogar tiene que ver con la definición misma de hogar o casa. En este sentido es oportuno hacer referencia a la noción de hogar como construcción emocional/ideológica que, al fundamentarse en el hecho de que el hogar no tiene por qué ser un sistema socioespacial, sostiene que incluso una persona que vive en situación de calle tiene un hogar (Gurney, 1990, en Somerville, 1992). Es decir, “los imaginarios del hogar se pueden conectar a numerosos lugares en múltiples escalas geográficas” (Blunt y Dowling, 2006, p. 88) y “el hogar puede ser creado y toma diferentes formas en viviendas improbables” (op. cit. p. 121). Un ejemplo de ello es el intento de algunas personas sin hogar de crear un hogar en lugares del

espacio público, tales como rincones recónditos de parques, no dispuestos para tal fin. (Costa Losa, 2009, p.9)

Según el centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (NUAH, 2000) una vivienda se convierte en hogar cuando el individuo se apropia de ella tanto física como psíquicamente, controla su forma y acceso y mediante la asignación de vínculos identitarios, la convierte en un lugar propio.

En definitiva, la falta de hogar, según Meert (2005) se caracteriza por la ausencia de tres dimensiones principales que, asimismo, son las que constituyen la noción de hogar. La dimensión física o material del hogar hace referencia a la carencia de un espacio físico habitable; la dimensión legal alude al régimen de tenencia o posesión de la vivienda, ya sea de propiedad o cedida mediante un acuerdo económico o gratuitamente por el propietario; y la dimensión social se refiere a la falta de un espacio en el que desarrollar relaciones sociofamiliares. Se puede añadir una cuarta dimensión, relacionada con las anteriores, que es aquella que hace referencia a la ausencia de las características, asociadas a un espacio físico, relativas al bienestar psíquico. Esta es la dimensión emocional y simbólica del hogar. (Costa Losa, 2009, p. 10)

2.8 Las personas en situación de calle: la situación en Buenos Aires

Según la Encuesta a personas sin hogar, alojadas en Hogares de Tránsito y Paradores Nocturnos realizada por el Gobierno de Buenos Aires (Ministerio de Desarrollo Social, 2009), existen distintos tipos de rupturas por las cuales las personas en situación de calle se encuentran en esta situación:

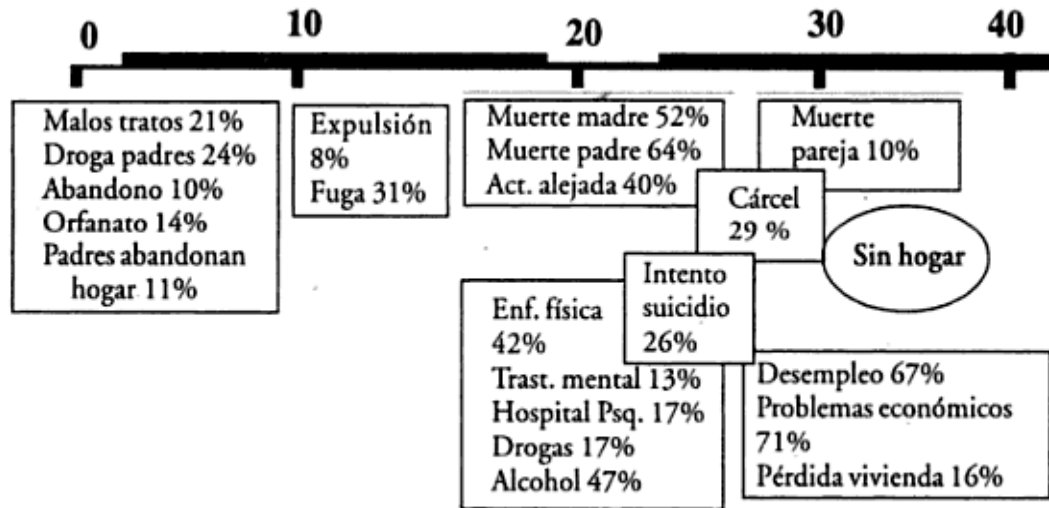
Ruptura de lazos familiares y personales. No tienen una relación habitual o no mantienen ya ningún contacto con su familia directa e indirecta. Puede deberse a la muerte de uno o

varios miembros, a una pelea familiar, a la distancia que les separa, a una adicción, a una enfermedad o trastorno físico o mental, etc.

Ruptura de lazos laborales. No tienen empleo o no tienen un empleo fijo que les proporcione ingresos estables. Aunque, probablemente en algún momento de su vida laboral lo tuvieron.

Ruptura de lazos sociales. Puede perder sus amigos o puede tener dificultades institucionales (problemas judiciales o con la policía). Puede ser un proceso gradual o una ruptura brusca porque sus amigos le den la espalda al no aceptar su situación.

Por su parte, Cabrera, Malgesini y Ruiz (2002), denominan sucesos estresantes a los diferentes eventos a lo largo de la vida de las personas que terminan por quebrarlos emocionalmente. El cuadro presentado a continuación ilustra los resultados del estudio listando los diferentes hechos que las personas experimentaron en función de su edad. Con esto no se quiere decir que todas las personas sufran todos y cada uno de los sucesos, pero, agregan los autores, al menos han sufrido 5 de ellos antes de los treinta años. “Estos impactantes datos nos llevan a la conclusión de que no estamos hablando de un grupo especial de personas, sino de algunas personas que le han sucedido algunas cosas que les han puesto en una situación realmente difícil, tan difícil que los recursos de que dispone la sociedad, (sanitarios, sociales, de vivienda, de empleo, de familia, etc.), no han sido suficientes para prevenir o reducir el impacto que tales sucesos tienen en sus vidas” (Cabrera, Malgesini y Ruiz, 2002, p.177).



(Fuente: Cabrera, Malegesini y Ruiz, 2002, p. 177)

En Argentina, y especialmente Buenos Aires, son más que interesantes e iluminadores los trabajos realizados por Griselda Palleres, desde una postura antropológica, y por Cecilia Rosa, desde la sociología. Rosa (2010) da cuenta, en base a grupos focales realizados con personas en situación de calle, de las vivencias y significados de ellas/os en función de tres ejes de análisis: la situación pasada (cuáles son los motivos por los que creen que llegaron a estar en la calle), la realidad presente (su vida cotidiana y en los paradores) y sus deseos futuros (con fuerte hincapié en la noción de “salida” de la situación de calle). Por otro lado, coincide con Segura (2006) quien, en su investigación sobre la detección de áreas vulnerables en el partido de Gral. San Martín, afirma que la realidad que viven a diario está caracterizada por “un espacio estigmatizado, asociado al imaginario social de la violencia, los delitos y la anomia” (Segura, 2006, p. 16). En un trabajo posterior, Rosa (2012) analiza las distintas políticas públicas impulsadas en torno al problema habitacional de las personas

en situación de calle. Destaca el Decreto 607⁵, que tenía como sujeto a la población “sin techo”, en 1997; la creación del Buenos Aires Presente (BAP), para personas en situación de emergencia, en 1999; el programa de “Atención a familias en situación de calle”, que otorga subsidios económicos con fines habitacionales y, finalmente, los hogares y paradores municipales (Rosa, 2012, p. 302). Concluye Rosa describiendo la situación de desborde de este tipo de dispositivos en relación al creciente número de personas en situación de calle; en cuanto a las rutinas, lo restrictivo que representa el sistema de horarios de los paradores y la falta de actividades durante el día y, también, la separación de los integrantes de las familias debido a la segmentación que cada parador indica (Rosa, 2012).

En tanto que Palleres (2009, 2010, 2012) ha dado cuenta del modo en que las personas sin hogar, a través de la descripción del desarrollo de diversas tácticas, transforman y cargan de significación su andar cotidiano y el espacio público en el que desarrollan su cotidianidad y su subjetividad así como también, el modo en que las políticas públicas afectan la construcción y el desarrollo de la cotidianidad de las personas sin hogar en el espacio público, analizando, en una de sus ponencias, la situación del Parador Nocturno de Retiro.

Desarrollado esto, surgieron los interrogantes que guiaron esta investigación. Si bien todavía hay mucho por construir en lo que refiere a investigaciones con personas en situación de calle desde el ámbito de las ciencias sociales y no, simplemente, desde la estadística, se creyó que un buen camino exploratorio es entender, a partir de las enseñanzas provistas por la revisión de la literatura, las representaciones e imágenes que las

⁵ Decreto N° 607 (B.O 12/05/1997) “Programa integrador para personas o grupos familiares en situación de ‘emergencia habitacional’”. Puede encontrarse en http://www.boletinoficial.buenosaires.gob.ar/areas/leg_tecnica/boletinOficial/documentos/boletines/1997/06/19970606.pdf

organizaciones que tienen contacto a diario con esta población construyen discursivamente.

Este trabajo no intentará explicar el fenómeno de las personas en situación de calle como un “impacto” o efecto social de segregación o exclusión socio-espacial, sino dar cuenta de cómo –a partir de las dimensiones que se describirán en adelante– se construyen las distintas representaciones sociales y las prácticas en los múltiples cruces de la vida cotidiana entre los actores parte.

El objetivo será comprender y describir los circuitos y recorridos que las personas en situación de calle realizan a diario entre la Ciudad de Buenos Aires y Gran Buenos Aires como una estrategia de supervivencia a partir de los emergentes discursivos que las personas y organizaciones que trabajan con este tipo de población evocan sobre ellos. Asimismo, dar cuenta de la construcción temática y enunciativa que los diferentes dispositivos de asistencia y emergencia recrean en su cotidianidad.



Universidad de
San Andrés

3. Estrategia metodológica

3.1 Preguntas de investigación

¿Cuáles son los móviles que incentivan en las personas en situación de calle el desplazamiento y la elección entre y de diferentes organizaciones según la representación y caracterización que realizan de ellos el personal de las organizaciones sociales? ¿Se trata de elecciones funcionales o simbólicas?

¿Cómo representan el enunciario/beneficiario estas organizaciones solidarias a partir de la construcción de cierto dispositivo espacial y temático?

3.2 Diseño metodológico, corpus y estrategia de recolección de información

El trabajo no pretende investigar de manera acabada el fenómeno sino más bien describir nuevas dimensiones analíticas necesarias, en función de lo desarrollado en la revisión del estado del arte, mediante un diseño exploratorio, y dar cuenta del tejido significativo que involucra a los organismos que buscan ayudar a las personas en situación de calle: cómo los construyen como destinatarios a partir de la organización y tematización que hacen del espacio que ofrecen.

Esto, que en principio tiene fines descriptivos, es fundamental para conocer cómo se está pensando a la pobreza en estas zonas y reflexionar a partir de esto cuáles pueden ser las consecuencias que estas construcciones tienen en los efectos reales de la vida de las personas sin hogar.

En esta oportunidad, el diseño es de tipo cualitativo. Según Denzin y Lincoln (2011), estos diseños son un conjunto de prácticas interpretativas que hacen el mundo visible y lo transforman; lo convierten en series de representaciones (Denzin y Lincoln, 2011, p. 3). El

investigador, inserto dentro del entramado social de significaciones, es visto como un *bricoleur*; se trate de procesos complejos que ocurren simultáneamente y no en consecuencias controlables como en los enfoques de tipo positivistas. Como declaran los autores: no hay un método o práctica específica que se pueda privilegiar por encima de otras (Ibíd., p.6), todas las perspectivas son valiosas. Como la realidad objetiva para este paradigma es inabordable, el enfoque hace énfasis en la validez, brindada por la cercanía a los datos y el fenómeno por parte del observador (Taylor y Bogdan:1987, p.20). Por ello es que se utilizará literatura proveniente de los estudios semióticos y de la antropología social y cultural así como también de la psicología social y la sociología contemporánea.

En este trabajo, se obtuvo el “material empírico” utilizando dos métodos: entrevistas cualitativas en profundidad a informantes clave y observación participante en los diferentes dispositivos.

El término “materiales empíricos” en lugar de “datos” es usado ya que refleja más apropiadamente la estrategia cualitativa y etnográfica adoptada en este trabajo (Denzin and Lincoln 2003, p. 37).

Se realizaron ocho entrevistas en profundidad a informantes clave de organizaciones sociales y organismos oficiales con foco en el trabajo con *personas en situación de calle*, ya sea como voluntarios o contratados (en el caso de los paradores de CABA) para dar cuenta de la caracterización que hacen de ellos y la construcción del enunciatario como beneficiario de políticas o ayuda. Denominamos a estas instituciones, Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC), y pueden ser privadas (institucionalmente independientes del Estado, aunque reciban fondos públicos), autogobernadas, que no distribuyen beneficios entre sus miembros (aunque pueden generar beneficios) y voluntarias (Leiras, 2009).

En conjunto con las entrevistas, se construyó un instrumento de observación que buscó evidenciar algún tipo de relación entre sujeto-espacio-discurso vehiculizada en comportamientos, gestos e itinerarios de circulación de estos espacios. Durante las observaciones también se intervino en actividades propias de los dispositivos de ayuda , lugar en donde también se buscó estrechar el contacto con los beneficiarios y obtener algún contacto discursivo.

Las entrevistas buscaron dar cuenta de:

- La dimensión discursiva de los circuitos y recorridos que las personas en situación de calle realizan y
- Las funcionalidades de la organización (qué ofrecen, cómo se organizan, cómo lo ofrecen)

En cuanto al instrumento observacional se codifican:

- Construcción del enunciatario a través del espacio (ambientes, organización, disposición, presentación)
- Organización de funcionalidades y recorridos *in situ*.
- Espacialidad como forma de interpelación.
- Codificación a través de la construcción de una matriz semiótica.

4. Análisis

A continuación se pondrán de manifiesto las principales líneas de análisis que surgen de la sistematización y codificación de las entrevistas en función de los objetivos y preguntas de investigación. Se ordenan en dos grandes subsistemas, por un lado la dimensión representacional fundada en las diferentes construcciones discursivas que brindaron los sujetos entrevistados sobre las personas en situación de calle como su caracterización y tipologización; por el otro lado, la dimensión espacial que da cuenta de la construcción macroespacial, urbana y cotidiana (circuitos y recorridos principales, relación y/o ocupación del espacio público) y de la organización microespacial de cada dispositivo (distribución de los espacios y servicios en los distintos hogares, paradores y comedores) en búsqueda de motivos y ordenamiento que tematizan y sitúan la dimensión representacional. Previo a continuar, es preciso remarcar que se tratan de dos grandes dimensiones que solo se realizan a los fines de organizar la investigación y que no corresponden con dos categorías opuestas sino, por el contrario, subsistemas que alimentan el uno a otro y conviven-espacio-temporalmente.

4.1 La dimensión representacional

4.2 Descripciones sobre personas en situación de calle

Al indagar sobre las imágenes que los entrevistados y entrevistadas recreaban -entendiendo por imagen a la descripción que de las personas en situación de calle hacían, calificativos y retórica general que propone cierto destinatario con características particulares- se reconocieron algunos universos de significación que merecen ser descritos. También es preciso mencionar, salvando las distancias de aplicación, la conceptualización de los

actores comunicacionales puestos en juego en este dispositivo de enunciación. Verón (2012, p. 173) indica que:

1. La imagen del que habla: llamamos a esta imagen “el enunciador”. Se trata del lugar (o los lugares) que se atribuye a sí mismo quien habla. Esta imagen contiene pues la relación del que habla con lo que dice.
2. La imagen de aquel a quien se dirige el discurso: el destinatario. El productor del discurso no solamente construye su lugar o sus lugares en lo que dice; al hacerlo, también define a su destinatario.
3. La relación entre el enunciador y el destinatario que se propone en el discurso y a través del discurso.

Rápidamente, los entrevistados destacan que se trata de una población en constante búsqueda de reconocimiento, en muchos casos asociado a la importancia que los voluntarios de las ONGs dan al conocimiento del nombre propio como símbolo de dignidad. Al mismo tiempo, Fernando Mezzacasa, Trabajador Social del Hogar Cura Brochero, reconoce que también se trata de una población que, en muchos casos, busca “pasar desapercibida” y esto, para muchos de ellos, se encuentra ligado al conflicto que les genera el auto-reconocimiento de su vulnerabilidad.

También se asocian a la construcción del enunciatario las razones por las que creen que llegaron a la calle; entre ellas se destacan la ruptura de vínculos y la pérdida de afecto de un grupo de socialización básico como la familia lo que desencadena en lo que los entrevistados denominan como una “falta de red de contención social”⁶, sumado a cuestiones psicológicas y pérdidas económicas como los motivos más generales.

⁶ Entrevista a Guillermo Haiuk, Desarrollo Social, Atención Social Inmediata, Ciudad de Buenos Aires.

Por ello, podemos argumentar que esa búsqueda de la invisibilidad se encuentra condicionada por la distancia social que el resto de la sociedad dispone sobre ellos. Según Mary Douglas (1993, p. 101), el cuerpo es moldeado por o expresivo de la fuerza social; para Douglas, el cuerpo físico es un “*microcosmo*” de la sociedad que condensa relaciones de poder y pretensiones de concordancia entre el cuerpo físico y el cuerpo social.⁷

Pablo Muttini, voluntario del centro Las Duchas en Martínez y diácono permanente de Cáritas San Isidro, a propósito de la dimensión corporal como presentación frente a los demás, declara:

“Hombres que me han contado cortándose el pelo...una vez uno me dijo algo que me impactó: ‘ahora voy a poder mirar las vidrieras, yo me paraba, miraba las vidrieras y sentía que me echaban por lo que parezco’. Salir con el pelo corto y arreglado” (**Pablo Muttini**)

“Los que quizás tienen como otra cabeza, entonces, van al cine gratis, saben de las actividades. Siempre pasan desapercibidos, no te das cuenta que son un tipo de la calle (...) que vengan a higienizarse nos habla de que hay cierto cuidado” (**Fernando Mezzacasa** - Director y Asistente Social del Hogar Cura Brochero, Olivos)

4.3 Tipologización

Los entrevistados también hacían uso de diferentes tipologizaciones a la hora de explicar y fundar sus representaciones sobre las personas en situación de calle. Ampliamente encontramos dos ejes: por un lado la segmentación por edades y por el otro, según el grado de vulnerabilidad y afectación de la condición.

⁷ “El cuerpo físico es un microcosmo de la sociedad, enfrentando el centro de poder, encogiendo y expandiendo sus pretensiones en concordancia con el incremento y mitigación de las presiones sociales” (Douglas, 1993, p. 101). Traducción propia.

4.3.1 La cuestión generacional

El emergente generacional apareció vinculado, a su vez, a dos dimensiones. Por un lado la laboral; los entrevistados, quienes ven en las relaciones laborales una posibilidad para salir de la calle, notan que están frente a una nueva generación de gente en situación de calle sin “cultura del trabajo”, mientras que otra población, de mayor edad, sí tiene dicho hábito adquirido.

“Estamos encontrando muchas generaciones de gente que no tienen cultura del trabajo, vos aprendiste que tenés que laburar porque tu papá laburaba, yo aprendí lo mismo y mis hijas también aprenden lo mismo pero muchas chicas el laburo que tienen es ese: estar en la esquina, vender drogas, prostituirse, vender estampitas” (**Dina González** – Coordinadora Parador Azucena Villaflor, Capital Federal)

“No queremos que la gente se quede, esta cosa de centro de día con un pibe de 25 o 40 años no nos parece, no dale, hacé algo, no sé qué pero hacé” (**Fernando Mezzacasa**)

Esto se ve enlazado a la cuestión institucional en donde los entrevistados ven la problemática desde el punto de vista del desequilibrio que ocasiona la falta de contención y/o estructura social transgeneracional:

“Muchos chicos que eran de la calle y que ahora siguen en la calle, hay como un hilo (...) hay como una inestabilidad que tiene que ver con algo de origen, estuvo mal preparado, vivió desinstitucionalizado, ¿por qué se va a institucionalizar a los 40 años?” (**Fernando Mezzacasa**)

“Nosotros tenemos chicos, chicos que estaban en situación de calle que hoy tienen 20 años y que tienen hijos y los han tenido así (...) Yo te diría que ya debés tener tres generaciones de gente que no tuvo nunca contención familiar, nunca una estructura familiar al estilo que se pueda, no tuvo comensalidad familiar propia”. (**Pablo Muttini**)

4.3.2 Vulnerabilidad

Otros entrevistados prefieren hablar sobre las personas en situación de calle en función de sus posibilidades de salida o cambio de esa situación y su grado de *involucramiento* con el medio y modo de vida.

“Siempre hay un núcleo duro que los que se van son los que se mueren, porque después no se van. En el caso nuestro, era, el 10% son siempre los mismos. Es como concéntrico, tenés un núcleo que se lo sostiene, después otro que es más orbital que va y viene pero que también está siempre en situación de calle y después tenés el grupo más externo que son los de mayor rotación que son los recién caídos que a veces caen y rebotan y salen o a veces empiezan a entrar en el círculo hasta llegar al núcleo. Es variable. Hay tres niveles te diría, no hay menos gente en situación de calle. Al revés, el sistema está cada vez mucho más expulsivo” (**Pablo Muttini**)

Desde el relato de Muttini, se puede pensar la situación descrita como una figura espiralada en donde las personas más próximas al centro – o “núcleo” como él lo describe – contienen características más arraigadas, que en muchos casos coincide con personas que llevan muchos años en la calle y para las cuales cada vez les es más difícil salir de dicho centro. En las afueras del espiral se encuentran las personas con mucha “rotación”, vinculados recientemente a la experiencia de la calle.

En tanto que Guillermo Haiuk, funcionario del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires opta por hablar de aquellos en situación de calle crónica, quienes formaron su estilo de vida en la calle, y la persona en situación de calle temporal, más bien atado a un problema habitacional:

“Nosotros podemos definir la persona en situación de calle crónica y la persona en situación de calle temporal. Familias es mucho más difícil, las madres con chicos aceptan ir a otro lugar, pero la persona en situación de calle crónica ya formó su estilo de vida en la calle. Y

yo estoy de acuerdo, nosotros no tenemos ningún poder de policía ni ninguna obligación coercitiva sobre la persona, hay que hacer todo un trabajo cultural para que la persona acepten los recursos y pueda convivir dentro de lo que es el tema, una persona que quedó afuera del sistema, o al costado del sistema sin salirse del sistema, es una persona que está en los costados del sistema. Y muchas veces en los casos crónicos son personas en donde ya la situación cruza con cuestiones de salud mental”. (**Guillermo Haiuk**)

Según los funcionarios del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires entrevistados, para poder diferenciar las líneas de acción y en función de la demanda ha caracterizado diferentes perfiles basados principalmente en el tiempo que la persona lleva viviendo en la calle y la utilización que hace de los servicios que brindan las diferentes instituciones. Los *sin techo crónico*, por un lado, se caracterizan no sólo por haber permanecido más tiempo viviendo en la calle sino también por negarse a asistir a los diferentes dispositivos municipales. Esta demanda se caracteriza por "personas con dos o más años de permanencia en vía pública; ruptura con redes institucionales y familiares de vieja data; armado de un circuito de supervivencia muy arraigado a la zona donde se asientan; pasividad; pobreza de representaciones simbólicas; demanda crónica" (Malanca, 2003, p. 32). En otras palabras, la cronicidad, describe Palleres, -definido por lo institucional- “se caracteriza por la pérdida de identidad, la imposibilidad de proyectarse a futuro, el deterioro físico y psíquico y la pérdida de vínculos afectivos y familiares. En consecuencia, la persona crónica no es aquella que depende directamente de las redes de asistencia, sino quien debido a su abandono físico y psíquico no puede reconocer ni aceptar la ayuda y los beneficios que brindan las instituciones” (Palleres, 2004, p.136).

4.4 La dimensión espacial

La dimensión espacial es vista, de un punto de vista microespacial, como la construcción temática y enunciativa que los organismos realizan en y de los dispositivos (normas, condiciones de habitabilidad, circulación, ingresos y egresos) y cómo ello da lugar y permite cierto tipo de relaciones sociales y comportamientos. Desde el punto de vista macrosocial, los circuitos y recorridos que las personas en situación de calle recrean en el territorio de la Ciudad de Buenos Aires y GBA Norte, utilización de espacios públicos (ranchadas y actividades “sitting around”) así como también las relaciones sociales que se montan con las demás personas que cohabitan dicho espacio y las representaciones asociadas, se intentarán de abordar en adelante.

4.5 Rutinas y recorridos

Todos los entrevistados reconocen la existencia de rutinas y desplazamientos de las personas en situación de calle como una búsqueda para suplir alguna necesidad. Se puede pensar, a propósito, que implementan ciertas “estrategias de circulación”, definida como la secuencia de desviaciones respecto de la equiprobabilidad del conjunto de trayectorias de "salida" de cada nudo decisional (Verón 2013, p.314), en función de la disposición y alcance de los bienes y servicios que buscan. Las rutinas espaciales de las personas sin hogar están organizadas alrededor de nodos de servicios que les proporcionan recursos materiales (Wolch, Rahimian y Koegel, 1993) y de los lugares que les proporcionan soporte emocional (Wolch y Rowe, 1993). La sistematización de dichas estrategias da cuenta de un dominio espacial, por costumbre o aprendizaje, que les permite sobrellevar la carencia en otras esferas de la vida.

“Ellos vienen muy temprano y hacen un recorrido bastante largo desde donde vienen: desayunan en San Fernando (...) al mediodía almuerzan acá, algunos van a lavar la ropa a la calle Melo (...) y después algunos duermen en Retiro y otros van a Tigre” (**Cristina Arrieta** – Coordinadora del comedor Santa Teresa, Martínez).

“Todos tienen esa información de dónde pueden ir cuando lo necesitan, ellos mismo te van contando (...) En Cura Brochero los miércoles me puedo bañar, en Aranzazú en San Fernando me dan comida y me dan desayuno (...) Cáritas Acasusso que les da ropa. Hay circuitos que ellos conocen. Pueden subsistir alimentándose de esos circuitos” (**Graciela Arnoldi** – Voluntaria de Fundación SÍ, San Isidro).

No obstante, también existe una noción acabada acerca de que el circuito funcional solo es un vehículo para aquellas personas que deambulan por la ciudad en búsqueda de reconocimiento social y soporte emocional (Wolch y Rowe, 1993). Como señala Kawash (1998, citado en May, 2000, p. 737) “las personas sin hogar se ven forzadas al constante movimiento no porque no vayan a ninguna parte sino porque no tienen a dónde ir”:

“El circuito este no es un circuito en donde haya hambre, sí ganas de comer y sí hay necesidad de comensalidad, hambre y ganas de comer son dos cosas distintas (...) la problemática es la soledad, la exclusión y la imposibilidad de salir del sistema” (**Pablo Muttini**)

De este modo, podemos concluir que, como declara Pallares, las personas en situación de calle poseen *tácticas materiales* (aseo diario, estructuras de cartón, obtención de comida y de ropa) y *tácticas simbólicas* que se materializan a través de la memorización o escritura de poemas, de los dibujos y del relato en un continuo contacto con lo dialógico (Pallares, pg. 9, 2010). Asimismo, viven cotidianamente insertas en un movimiento que remite a un circuito, un proceso dinámico que atraviesa etapas a lo largo de su día; allí podemos rastrear el trabajo, el hogar, el descanso y las relaciones sociales, en muchos casos mediadas por las instituciones. (Pallares, 2012, 175). Además, se puede decir que

configuran un mapa específico de la ciudad según sus prácticas cotidianas, plano que se elabora a partir de “ciertas representaciones, preferencias, elecciones y limitaciones acerca de lo que es pertinente o deseable hacer en la metrópoli” (Duhau y Giglia, 2008: 28).

4.6 Reglas e institucionalización

En los casos analizados, todos los dispositivos cuentan con normas y requisitos de ingreso y permanencia, y también se declara la existencia de “condiciones de egreso” de ciertos espacios. Ello varía, de todos modos, en función del tipo de ofrecimiento que cada lugar brinda; por ejemplo, en el caso del comedor Santa Teresa no existen condiciones ni requisitos para ingresar pero sí normas de permanencia.

La edad, el sexo y la composición familiar, en el caso de los paradores municipales, son las principales variables que determinan qué tipo de dispositivo se asocia a cada persona y su situación. Así, por ejemplo, el Parador Azucena Villaflor es solo para mujeres solas o con hijos menores de edad, mientras que el Parador Beppo Guezzi y el de Retiro son para hombres solos mayores de edad.

En lo que refiere a las condiciones o normas de permanencia todas ellas se encuentran vinculadas a valores tradicionales como el respeto entre los pares y la no generación de violencia; para ello, por ejemplo, se impide el ingreso de personas bajo efecto de estupefacientes o alcohol; las adicciones, según los entrevistados, son vistas como propiciadores de situaciones de violencia o conflicto entre ellos. Discursivamente, no se encontraron remisiones de una intención institucional de derivar a las personas que sean víctimas de alguna adicción a centros especializados sino, por el contrario, como una condición para permitir o no las permanencias. De este modo, se podría pensar que ese

modo de procedencia no hace más que acrecentar la exclusión social de aquellos en situación de calle con problemas con el alcohol y las drogas.

Sin embargo en muchas ocasiones se produce un choque de expectativas entre los objetivos de los dispositivos de ayuda sobre el cumplimiento y adecuación a ciertas normas y la voluntad de las personas que hacen uso de ellos para satisfacer esos objetivos.

“Nosotros tenemos muchísima gente acá que se ha tenido que ir porque no podía soportar las normas de convivencia. Pero no solamente con el personal sino con los distintos alojados, lo mismo que viven en la calle lo hacen acá”. (**Dina González**)

“Una persona que no acepta dormir en un parador, es verdad, tienen un sistema de reglas bastante estrictas; estrictas en el sentido de se come a tal hora, se va a dormir a tal hora y se apaga la luz a tal hora, hay que despertarse a la mañana, es un sistema.” (**Guillermo Haiuk**)

Lo que se puede observar es una búsqueda, mayormente estatal, de institucionalización de una “rutina de la calle” que muchas veces genera un conflicto de permanencias. Tras la observación e intervención llevada a cabo en unas de las recorridas nocturnas de la Fundación Caminos Solidarios se evidenció que muchas de las personas en situación de calle no acuden cotidianamente a los dispositivos estatales. Su percepción sobre los Paradores Municipales, por ejemplo, es negativa: los ven como lugares en donde las reglas para ingresar y permanecer son, en la práctica, difíciles de asimilar debido principalmente a que están acostumbrados a otro tipo de relaciones, materializadas en rutinas y estrategias de supervivencia. Ingresos, egresos, actividades y obligaciones asociados a horarios estrictos, son los motivos que tanto los voluntarios de las ONGs como las propias personas vincularon al fenómeno.

Sin embargo, los distintos dispositivos ven la “reinserción social” como el resultado de la incorporación de rutinas y reglas “normales” de una población que, para ellos, vive en la completa anomia.

“Salir de la calle implica revincularse, bien o mal, insertarse en una sociedad implica volver a ciertas reglas (...) un trabajo rentado implica que el jefe te va a decir, el trabajo por tu cuenta también implica que tengas cierto orden, el tema del orden y la limpieza” **(Fernando Mezzacasa)**.

“No es porque sea un capricho [la presencia de ciertas reglas] sino porque sirve para regular cosas de la vida, sirve para organizar. Si tu mamá no tuviera este horario para darte a vos la leche primero, vos no te regularías con la nutrición (...) no tendrías normas de convivencia para socializar afuera” **(Dina González)**.

Desde la visión de Goffman podemos agregar que hay ciertas características comunes de las “instituciones totalitarias” – objeto de extenso análisis por el autor – a nuestro dispositivo de análisis. Por un lado todos los aspectos de la vida son conducidos en un mismo lugar y bajo la misma autoridad (en nuestro caso de paradores y hogares); por otro lado cada fase de las actividades de los miembros es llevada a cabo en compañía de otros miembros; además, cada actividad está estrechamente programada y situada temporalmente. En conclusión, todo el círculo de actividades son impuestas desde arriba a través de un sistema de reglas formales explícitas y un cuerpo de funcionarios o voluntarios que las implementa (Goffman, 1968, 314).

4.6.1 Institucionalización de un estilo de vida anómico

Al indagar sobre su adaptación (y dificultad) a las reglas de los dispositivos, los entrevistados argumentaron describiendo y caracterizando los motivos que subyacen a dicho comportamiento. Este choque de reglas se ve influenciado principalmente por la

costumbre y hábitos que las personas de la calle generaron en la sistematización de su rutina que se transforma en un sentimiento de normalidad percibida (Ver Garfinkel, 1967, p.94), distinta a la que plantea el dispositivo.

“Más de una vez las chicas se prostituyen, o venden drogas, o venden cartones, etc. Entonces el horario de trabajo, el horario de vida cambia totalmente. Esa es la forma de vida que tienen en la calle, no es discriminación, es lo que uno ve en la calle. Esta es la forma de vida de la calle (...) no son más que personas pero con otro ritmo de vida (...) Lamentablemente todos los días viven de una forma que les parece mucho más normal (...) Muchas veces nos encontramos con mujeres que se terminan robando entre ellas, el celular, plata, alguna ropita y no lo ven mal y eso es un problema, porque para nosotros que estamos dentro de una norma social distinta sabemos que está mal. La persona puede saber que está mal, pero como lo vive normalmente en la calle...” (**Dina González**).

Además, el tiempo que la persona ha transcurrido en la calle también es una variable que da cuenta del grado de negociación, aceptación o rechazo de ciertas reglas (Foucault, 2008 [1975]). Así, personas “en situación de calle crónica” presentan características, según los entrevistados, más afines a aquellos que ya han formado un estilo de vida en la calle.

“La persona en situación de calle ya formó su estilo de vida en la calle (...) hay que hacer todo un trabajo cultural para que la persona acepte los recursos y puede convivir dentro de lo que es el tema” (**Guillermo Haiuk**).

“Hay muchos que les hemos ofrecido este lugar en capital y no quisieron, es como que están acostumbrados” (**Cristina Arrieta**).

Podemos agregar, entonces, que las personas que son sometidas extensamente a la situación de calle -situación de calle crónica- recrean cierto *habitus* propio de la condición estructural que, mediante su rutina estándar y sistematizada, estructura y reproduce sus comportamientos y modos de vida a tal punto de, en muchos casos, imposibilitarles la salida de esa situación. El *habitus*, según Bourdieu, es el principio generador y unificador

que re-traduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir, “un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas” (Bourdieu, 1997, p.19).

4.7 Relaciones sociales situadas

Es preciso recordar la importancia del espacio y el lugar en la obra de Bourdieu. El autor francés utiliza el término espacio para designar que las actividades ocurren y los actores actúan en espacios físicos que tienen significancia práctica y simbólica en relación a cada una y, al mismo tiempo, prefiriendo el uso de “espacio social” a “sociedad” (Bourdieu, 2000, p.130). Los actores ocupan múltiples lugares dentro de una multiplicidad, relativamente autónoma, de campos que juntos constituyen el espacio social. Esos lugares constituyen su estatus, clase, posición social: su lugar en la sociedad (Bourdieu, 1988).

4.7.1 Relaciones entre personas en situación de calle

Las relaciones sociales, al igual que la dimensión espacial que las engloba en este análisis, permanecen vinculadas a su situación de calle. Predominan los lazos colectivos entre pares pero también se reconocen conflictos mismo entre ellos. Además, según los entrevistados, son personas que han sufrido muchas rupturas en sus relaciones sociales primarias como con la familia y sus amigos.

Las “ranchadas”⁸, además de constituir un tipo de vivienda, dan lugar a interacciones e intercambios colectivos estacionales.

“Imaginate lo que es vivir en el medio de la calle, las costumbres y la forma de vida es otra. Cuando muchas de las cosas que tenés son colectivas (...) en las ranchadas todo es muy

⁸ Ranchadas es el término que muchos de los entrevistados utilizó para describir el tipo de vivienda que las personas en situación de calle recrean en el espacio público. Su principal característica, según la describen, es que congrega a muchas personas (familiares y/o amigos) y tiene como objetivo afrontar las temperaturas del invierno.

colectivo, ponés para el alcohol, ponés para la comida, ponés para cierta forma de vida (...) el hijo pasa a ser hijo de otros también, pasan a ser tíos, abuelos” (**Dina González**).

“La ranchada sirve para que la gente pueda dormir junta, ya cuando hace calor se cagan a trompadas y ya en septiembre tenés todos tipos solos que van durmiendo porque el clima es más ameno” (**Fernando Mezzacasa**).

También, el círculo etario en muchos casos marca el tipo de relaciones sociales que se establecen. Según Duhau y Giglia (2008: 21), “el concepto de experiencia urbana alude a las muchas circunstancias de la vida cotidiana en la metrópoli y a las diversas relaciones posibles entre los sujetos y los lugares urbanos, a la variedad de usos y significados del espacio por parte de diferentes habitantes”. Hay quienes alegan que los más jóvenes son aquellos que se trasladan en grupos más concisos y a quienes aún les es más fácil establecer vínculos de amistad entre pares mientras que para los adultos, aquellos que han transitado en muchos casos mucho tiempo en la calle y se han visto expuestos a situaciones de violencia y conflicto, los vínculos sociales son más difíciles de propagar y mantener. Son comunes en esta población las personas que deambulan en soledad y que, también, aunque relativizando el concepto de autonomía, eligen ese tipo compromiso social.

4.7.2 El encuentro con el otro

En lo que refiere a la relación con los demás habitantes, los voluntarios hablan de cierta distancia social que los aleja, principalmente simbolizado en el miedo, vehículo que reproducido socialmente los coloca como un actor social miembro de un paisaje inmanente. El cuerpo de las personas en situación de calle juega un rol fundamental en la definición de las distancias y las interacciones sociales. Algunos entrevistados destacan que lo que, en muchos casos, produce un rechazo en el resto de los habitantes de un barrio, es la

visualización constante de las personas en situación de calle en ciertos emplazados públicos.

Es importante recordar, entonces, que “la maximización del sentido de este lugar [el lugar que a diario ocupan en espacios públicos] no sólo se produce en la significación que puede adquirir para los/as sin hogar sino también en el significado que emana cuando las personas sin hogar se localizan “fuera de lugar” (Costa Losa, 2009, p. 82). Es por ello que los “usos comunicacionales del cuerpo” (forma, vestimenta, comportamiento) adquieren una gran importancia en la definición de los usuarios del espacio público (Delgado, 2002).

Si de distancias sociales hablamos, no podemos no mencionar a Edward Hall y sus exhaustivos estudios sobre la proxémica en diferentes sociedades y culturas. Un punto decisivo en la distancia empleada es el modo de sentir de las personas una respecto de la otra en un momento dado, es decir, que es un termómetro situacional y que la percepción del espacio es dinámica ya que está relacionada con la acción. El comportamiento que llamamos territorial, agrega Hall, que entraña la aplicación de los sentidos para distinguir entre un espacio o distancia y otro, es propio de los animales y, entre ellos el hombre. En definitiva, la distancia específica escogida depende de la transacción: la relación de los individuos interoperantes, cómo sienten y qué hacen (Hall, 1986, p. 154).

Del mismo modo, Goffman, quien desde la microsociología investiga las formas en que las personas se presentan entre sí en situaciones cotidianas, aborda la construcción de la identidad social y el estigma y declara que cuando nos enfrentamos a un extraño también nos enfrentamos a sus atributos que lo diferencian y encasillan en cierta categoría; esos

atributos los denomina estigmas, especialmente cuando su efecto desacreditador es extensivo (Goffman, 1963)⁹.

Por último, Goffman, *grosso modo*, describe diferentes tipos de estigmas y caracteriza: primero, el odio al cuerpo y las deformidades físicas; segundo los defectos de “carácter” percibidos como aquellos débiles de voluntad, de pasiones innaturales, traicioneros y de creencias rígidas y deshonestos -esto se infiere, según Goffman, a partir de un registro conocido de, por ejemplo, los trastornos mentales, el encarcelamiento, la adicción, el alcoholismo, la homosexualidad, el desempleo, los intentos de suicidio, y el comportamiento político radical- y por último, el estigma tribal de raza, nacionalidad y religión transmitidos a través del linaje e igualmente “contaminadores” de todos los miembros de una familia (Goffman, op.cit., pg. 2)

“Ese estereotipo trae la marca registrada del estigma. El estereotipo caés porque cualquier que está en situación de calle termina pareciéndose a otro que está en situación de calle. Y todos ellos van con el mismo estigma” (**Pablo Muttini**).

“Hay estereotipos estéticos y vivenciales, nadie se acerca a una persona en situación de calle porque les tiene miedo (...) no llegan a confiar en esa persona” (**Cristina Arrieta**).

Finalmente, dada la naturaleza sedentaria de nuestra sociedad y el alto valor económico, social, simbólico y moral que otorgamos al hecho de tener un lugar en donde vivir y al cual

⁹ “While the stranger is present before us, evidence can arise of his possessing an attribute that makes him different from others in the category of persons available for him to be, and of a less desirable kind—in the extreme, a person who is quite thoroughly bad, or dangerous, or weak. He is thus reduced in our minds from a whole and usual person to a tainted, discounted one. Such an attribute is a stigma, especially when its discrediting effect is very extensive; sometimes it is also called a failing, a shortcoming, a handicap” (Goffman, 1963, p. 1)

llamar hogar, estar en la calle implica ocupar una posición degradante y estigmatizante en relación a aquellos que poseen un domicilio (Guernsey, 1999, p.177).

El espacio público representa el lugar donde se producen los encuentros, las interacciones y las relaciones sociales, “es el continente de representación de la sociedad en la cual se inscribe la ciudad; allí se instala en toda su capacidad la diferencia, la otredad” (Velásquez, 2007: 20). ¿Pero qué ocurre cuando en ese encuentro hay un actor que se convierte en parte del paisaje? Algunos entrevistados dan cuenta de ello alegando que la presencia de personas en situación de calle en diferentes lugares como estaciones, parques y veredas se está convirtiendo en parte de avistaje cotidiano y que lo anormal comienza a ser su ausencia.

“Es parte del paisaje en Pompeya, supongo que en la zona más céntrica es distinto. No creo que tenga que ver con la clase social, tiene que ver con el costumbramiento, si vos ves algo todos los días te va a asombrar el día que no lo veas” (**Dina González**).

“Es como si vivieran en una burbuja, pero en una burbuja porque socialmente se ha dado así, es como el loco del barrio, todos saben que hay un loco del barrio y cada tanto le dan algo pero no es que se hace algo por modificarlo, sino que es el loco del barrio. Como si fuese un árbol” (**Mariela Fumarola** – Fundadora de Fundación Caminos Solidarios, Ciudad de Buenos Aires).

4.8 Interacciones *in situ*

Por otro lado, también se propician determinadas rutinas e interacciones dentro del dispositivo. Como declara Giddens, la interacción nunca es azarosa sino más bien situada dentro de un marco institucional que da forma a cierta actividad colectiva (Giddens, 1984).

En este sentido podemos ver cómo la delimitación de ciertos espacios y actividades

proponen determinados vínculos internos: almuerzos, cenas, desayunos, duchas, lavados y juegos.

“La dinámica es: ellos bajan y ya tienen servido el plato y ya se lo llevan, tienen un vaso y se sientan a comer” (**Cristina Arrieta**).

“Tratamos de que haya comunicación, cuando vienen al ropero hablamos. Pablo corta el pelo, hablamos. Otras de las chicas juega a las cartas con ellos y más o menos les da charla. Juegan al ping pong. Tratamos de que haya actividades en donde nos podamos comunicar, en donde ellos nos puedan decir lo que piensan y creen” (**Lucila Gandolfi** – Voluntaria en el Centro “Las Duchas”, Martínez).

“Llegamos ofreciendo una sopa, a veces hicimos empanadas, a veces un sándwich, algo como para llenar. Y los acompañamos, cenamos con ellos (...) los acompañamos, hablamos, nos detenemos bastante a charlar con ellos” (**Graciela Arnoldi**).

“De lunes a viernes el hogar, la gente que vive en el hogar puede ingresar de 5 de la tarde a 10 de la noche, a las 11 se apagan las luces, silencio nocturno. De 5 a 6 se sirve la merienda, a las 9 se sirve la cena, a la mañana se toca el timbre a las 6 para levantarse. De 7 a 7,30 se sirve el desayuno y a las 8 tienen que irse del hogar de lunes a viernes” (**Fernando Mezzacasa**).

4.9 Ideología subyacente en los valores

Cabe aclarar que se analizaron tres tipos de organizaciones en este trabajo que conviven en dos grandes tipos de dispositivos: por un lado dispositivos provistos de funcionalidades y actividades que forman parte de la “agenda” de las personas en situación de calle que se activan a diario (comedores, hogares, paradores tanto municipales como de la sociedad civil), ocupando un día determinado, una posición en el mapa en su trayecto cotidiano; por el otro lado dispositivos que se montan en los circuitos que las personas en situación de calle ya tienen recreados y frecuentan (Fundación Sí y Caminos Solidarios con sus

recorridas nocturnas) en los momentos en donde su nomadismo característico se desactiva y vuelven al lugar en donde pernoctan.

¿Qué une estos dos tipos de abordajes? Una ideología (Althusser, 1988) de la contención que en sus deseos, valores y preferencias ponderan la reconstrucción de un vínculo social más que la solución a un problema habitacional o alimenticio. Esa ideología contiene deseos de restitución de la dignidad, búsqueda de una estructura comunitaria que se asemeje a la carga simbólica que posee una casa.

“(…) ese rato, seguro que habrá dormido mejor, es como una caricia pasajera, esos ojos que no te vieron durante todo el día, esa persona que no te pregunta: cómo fue tu semana, cómo estás” (**Mariela Fumarola**).

Ellos no son “distintos” al resto, sino más bien “son personas que le han sucedido algunas cosas que les han puesto en una situación realmente difícil, tan difícil que los recursos de que dispone la sociedad, (sanitarios, sociales, de vivienda, de empleo, de familia, etc.), no han sido suficientes para prevenir o reducir el impacto que tales sucesos tienen en sus vida”. (Cabrera Cabrera, Malgesini, López Ruiz, 2002, pg. 177)

Dado ello, las organizaciones pretenden para sí buscar estrategias que ayuden a suplir dicha rotura, a re-establecer algún vínculo, especialmente, la confianza social.

En *Los argonautas del pacífico occidental* Malinowski describe el rol fundamental que el *kula* tiene en la constitución de la solidaridad social y los lazos en las comunidades. Señala que:

“(…) el *kula* es un tipo de intercambio intertribal de gran envergadura, lo llevan a cabo comunidades que ocupan un amplio círculo de islas y constituyen un circuito cerrado... dos tipos de artículos, y solamente dos, circulan sin cesar en sentidos contrarios a lo largo de la ruta. En el sentido de las agujas del reloj se desplazan constantemente los artículos de un tipo: los largos collares de concha roja, llamados *soulava*. En el sentido contrario se

desplazan los del otro tipo: los brazaletes de concha blanca, llamados *mwali*.” (Malinowski, 1986, p. 165).

Es importante destacar también los aportes del estructuralismo a la definición de lazo social. Para Lévi-Strauss (1979), los mitos, ritos y costumbres de la comunidad constituyen un conjunto de referencias identificantes que ayudan a los seres humanos a sostener su pertenencia a un conjunto denominado “nosotros”. Asimismo, si tomamos la hipótesis de Lacan (1983) de que el montaje de la subjetividad solo es posible en relación al Otro y que las estructuras sociales son simbólicas, no podemos pensar en la constitución subjetiva sin pensar en el lazo social.

Funes (2008, en prensa) esclarece dichas posturas y, con un pensamiento de relectura de la teoría sociológica clásica, afirma que:

“la comunidad es ese tipo de orden o contexto relacional que surge de la experiencia de la inmediatez o proximidad interpersonal, espacial y temporal. Es el resultado de las continuas relaciones de tipo personal, de la continuidad, repetición y entrelazamiento de las experiencias y situaciones cotidianas compartidas con otros, de las relaciones que surgen de la proximidad, contigüidad y vecindad local, y de la simultaneidad o coexistencia de los grupos generacionales, que vinculan de un modo directo las experiencias presentes o actuales con los recuerdos de experiencias pasadas (Funes, 2008, s/p)

Las citas siguientes dan cuenta de cómo desde las acciones y rutinas de los dispositivos de ayuda se busca este restablecimiento emocional, valiéndose en muchos casos de la “proximidad interpersonal” que dan lugar a “situaciones cotidianas compartidas” e intercambios simbólicos:

“Tratamos que ellos vengan una vez a la semana a un lugar que es su casa, ese el sentimiento nuestro. Tratamos de servirlos (...), queremos que ellos sientan que no están solos, que pertenecen a algo, que hay un lugar en donde hay gente que piensa en ellos” (Lucila Gandolfi).

“Me parece que lo único que podemos hacer es establecer un vínculo y confiar que ese vínculo sea motor de algo” (Graciela Arnoldi).

“No es que necesita un pantalón, es que necesita reinsertarse en la sociedad. Eso no es fácil atendiendo un día por semana (...), la única transformación que aspiramos es el sentirse respetado, valorado, amado, reconocido” (**Pablo Muttini**).

Es por este motivo que los espacios y las interacciones se diseñan especialmente en búsqueda de este cometido ya sea en un lugar (comedor, parador o ducha) o en la misma calle. Abriendo sus puertas, estos distintos centros proveen un importante espacio para que las personas sin hogar simplemente puedan “estar” y “pertenecer” cuando ellos no tienen ningún lugar para llamar propio. (Johnsen, Cloke, May, 2005, pg. 13)

“La idea nuestra, además de darle un plato de comida, es tener un espacio en donde ellos puedan hablar, comunicarse con nosotros, las cosas que le pasan” (**Cristina Arrieta**).

“Esta casa lo que tiene es que es chiquita, entonces genera un espíritu de familia” (**Fernando Mezzacasa**).

Tanto las interacciones humanas que tienen lugar en los espacios institucionales destinados a las personas sin hogar como la permisividad y aceptación de la diferencia, que caracteriza a muchos de estos entornos y que lleva a considerarlos como “lugares de licencia” en los que se tolera y “normaliza” aquello que en otros espacios se considera diferente, son elementos imprescindibles en la constitución de los “espacios de cuidado”. (Costa Losa, pg. 89)

Podemos pensar así que, en función de revisado previamente sobre las nociones de hogar y casa, muchos de estos dispositivos buscan recrear – mediante la tematización y retórica espacial – efectos de sentido **que aluden al restablecimiento de las dimensiones sociales de un hogar**, es decir, aquel lugar que engendra vínculos interpersonales cercanos. Como dicen Blunt y Dowling (op. cit. p.121) “el hogar puede ser creado y toma diferentes formas en viviendas improbables”.

También, las distintas rutinas proponen actividades con cierta referencia a las que se pueden tener en un hogar: comer, cocinar, bañarse, lavar la ropa, tener momentos lúdicos y de descanso.

Particularmente, desde la observación llevada a cabo en los dispositivos así como también fruto de las diferentes entrevistas, podemos ver cómo la modularidad de las comidas constituye un motivo¹⁰ particular alrededor del cual se construye la tematización hogareña. “Desde el siglo XV hasta hoy se mantiene no sólo el esquema individual sino también la modularidad de los espacios ocupados por los comensales, la sectorización en la distribución de esos espacios y la disposición alrededor del plato, siempre ordenador de esta modularización” (Soto, 2009, s/p).

“Te la pongo a la mesa como actividad porque nosotros en realidad no damos tanto de comer porque haya hambre sino porque es importante compartir la mesa. La ciudad no te mata de hambre, en la ciudad no te morís de hambre, en la ciudad te morís de soledad. Pero la mesa, te lo pongo en categoría actividad porque para nosotros es una actividad, algo importante que hay que brindar” (Pablo Muttini).

“No se les niega nada, tratamos que ellos vengan una vez a la semana a un lugar que es su casa” (Lucila Gandolfi).

4.10 El Estado: rechazo y oportunidad.

Es preciso mencionar antes de continuar que nuestra metodología para abordar nuestro dispositivo discursivo es, salvando las distancias, de tipo en producción (Verón, 2004). Es decir, que analizamos las producciones discursivas (entrevistas) como un mecanismo para intervenir y, a partir de ellos, reconstruir esas huellas. De este modo, las representaciones

¹⁰ La caracterización del concepto “motivo” proviene de Segre, C. (1985) “Tema/motivo” en Segre, C y Santaya, M. P. (1985) *Principios de análisis del texto literario*, cap. 8, (pp. 329-366), Barcelona: Crítica, y se ha aplicado a diversos estudios semióticos.

que en este trabajo se encuentran no son más que las visiones que los entrevistados tienen sobre los sujetos en cuestión y no la visión de los sujetos sobre sí mismos.

Al preguntar sobre la vinculación que las personas en situación tenían con el Estado y sus diferentes niveles podemos encontrar dos temas subordinados. Por un lado, la visión y rechazo que las personas sin hogar tienen de los Paradores Municipales. Por el otro lado, el Estado como un actor que brinda oportunidades.

Todos los entrevistados pertenecientes a organismos no estatales declararon conocer al menos un parador del Municipio de Ciudad de Buenos Aires al mismo tiempo que notaban que eran lugares a los que esta población no recurría.

“El de Retiro, nosotros hemos recibido comentarios de algunos que circunstancialmente ha ido y dicen que es peligrosísimo, que roban, que se maltratan” (Graciela Arnoldi).

“No, en los paradores no duermen. Me parece que hay más para hombres, de mujeres casi nada” (**Cristina Arrieta**).

“Los paradores que están hechos, ellos no quiere ir (...) dicen que estos paradores tienen un horario de ingreso en el que ellos todavía están pidiendo. Si entran no pueden entrar con nada de lo que tienen, y por ahí el carrito o las cosas que tienen no las pueden ingresar, son familias, la mujer con los chicos por un lado, y el hombre por el otro. Acceden solamente los días de mucho frío para protegerse o proteger a sus hijos. Pero al día siguiente deciden volver a la calle para poder seguir estando todos juntos” (**Mariela Fumarola**).

Como se puede observar, y en sintonía con el apartado referente a la dificultad y conflicto de intereses a la hora de respetar ciertas reglas y culturas institucionales, la mayoría de las observaciones tienen que ver con el intento de normalización de rutinas, por parte de paradores municipales, de una manera estricta sin considerar la existencia de rutinas propias de quienes viven en la calle.

Es por ello que el Estado no es un actor de contención para los entrevistados sino más bien alguien que ejerce, en muchos casos, violencia sobre esta población. Muchos de ellos

comentaron diferentes situaciones en las cuales se han visto involucrados en conflictos con policías comunales y hospitales por la negación de los actores políticos de ejercer sus deberes para con dichas personas. Sin embargo, bien el Estado aparece como un actor ausente, sí es visto como una oportunidad para acceder a diferentes servicios de carácter emergentes.

“En dos situaciones vivimos situaciones muy desagradables que fue la policía. Es duro, ¿viste los camioncitos?, los móviles de cuidado comunitario, en dos situaciones los despojaron a los que estaban en la plaza, supuestamente por una denuncia, los despojaron de todo lo que tenían, los bardearon, se quedaron sin nada (...) es un robo institucional, en lo personal me pareció de una violencia espantosa” (**Graciela Arnoldi**).

“Es una oportunidad de conseguir un subsidio, el Estado es una oportunidad de si te rompiste una pierna tratar de lograr un carnet para viajar gratis. El Estado no es ni salud pública. Un tipo que llega hecho pelota acá, la vez pasada el cura nuestro luchó a brazo partido para poder meter en el hospital a un hombre que estaba muriéndose de cáncer porque no lograba pasar de la guardia. Lo llevaban y no lograban contenerlo como para empezar un tratamiento” (**Pablo Muttini**).

Universidad de
San Andrés

5. Conclusiones preliminares

Como se expresó al comienzo, este trabajo no buscó dar respuestas explicativas del fenómeno sino más bien describir una situación de una perspectiva ecléctica en cuanto al marco teórico y el diseño exploratorio.

Claro está que no existe respuesta unívoca a dichas preguntas, primero tratándose de un fenómeno social y segundo, un fenómeno tan heterogéneo y particular como es el de las personas en situación de calle como se espera que haya quedado de manifiesto. Más bien, lo que en este apartado se tratará de delimitar son conclusiones preliminares que ponen en juego las dimensiones analíticas del apartado anterior, al mismo tiempo conjugadas en interrogantes para futuras investigaciones.

Al inicio nos plateábamos dos grandes preguntas. Por un lado, nos preguntamos sobre los móviles que, desde la perspectiva del personal voluntario o contratado de las organizaciones relevadas, incentivaban el desplazamiento y la elección entre diferentes nodos de servicio por parte de las personas en situación de calle; al mismo tiempo se buscó entender la conceptualización que hacían de las personas en situación de calle desde el punto de vista de la construcción de un destinatario de un intercambio comunicacional. Por el otro lado, y a fin de responder a los mismos interrogantes, nos propusimos codificar la organización y tematización espacial en búsqueda de recurrencias que den cuenta de tejidos significantes relevantes.

Se plantearon dos grandes dimensiones analíticas que abarcaron, como se denominó más arriba: lo representacional y lo espacial. La primera dimensión implicó la construcción del enunciatario desde el punto de vista de la retórica asociada al discurso que los entrevistados enunciaban sobre las personas en situación de calle. Emergió, por un lado, la cuestión

identitaria – más abajo desarrollada – vehiculizado en el nombre propio como un nodo significativo que evoca dicho fenómeno. Por el otro lado, el “efecto” de la estigmatización y distancia social que lleva a que muchas personas en situación de calle intenten pasar desapercibidos y, hasta en muchos casos, “camuflarse” estéticamente. En lo que refiere a lo espacial, y en sintonía con lo que la literatura ya marcaba, se detectaron rutinas alrededor de nodos de servicios materiales (comedores, paradores nocturnos, duchas) y de soporte emocional que los acompañan en el proceso de reinserción social, ambas forman parte de la experiencia cotidiana de las personas en situación de calle. Al mismo tiempo, dimos cuenta de un conflicto de expectativas puesto de manifiesto entre la implementación de reglas y rutinas por parte de los dispositivos y el *habitus* y modo de vida propio de las personas de la calle. La espacialidad también invita y es marco para las relaciones sociales que, como evaluamos, podían ser colectivas o individuales, según su generación y grado de vulnerabilidad.

5.1 Identidades vaciadas

Uno de los principales nudos de esta investigación –y que resta mucho aún por entender su estructuración – es la cuestión identitaria. A ella podemos llegar, en este trabajo desde diferentes aristas:

En primer lugar, la cuestión del desplazamiento y el/los grados de voluntad asociados. Recordemos, arriba citado, el modelo de Wolch, Rahimian y Koegel (1993) que proponía dos tipos de movi­lidades: la voluntaria y la involuntaria (ver Capítulo 2.1, **Movilidad: motivaciones y condiciones**). Como principal rasgo distintivo encontramos que la movilidad involuntaria puede estar asociada por un lado al intento de institucionalización y normalización de un “estilo de vida” de la calle, lo que provoca que en muchos casos las

personas en situación de calle busquen evadir los circuitos de paradores y hogares de dependencia municipal y por el otro, a la distancia y el tipo de servicio que cada lugar ofrece. Si bien, *a priori*, parecería que esta segunda instancia de movilización en la práctica se define en base a la voluntad de los actores, no debemos olvidar que la satisfacción de las necesidades (materiales y emocionales) en gran medida depende de las funcionalidades de las organizaciones lo que los obliga a elegir entre unas y otras. También es preciso rescatar que un punto para seguir evaluando es la relación con el espacio público y si realmente existe una tendencia expulsiva, al menos en Buenos Aires y las zonas observadas.

Sí se notó la existencia de una distancia social que los coloca a diario en un lugar estigmatizante; distancia fundada en el miedo a encontrarse con el “Otro”. Esta distancia se evidencia en el “lugar de encuentro” entre personas en situación de calle y el resto de la sociedad que, especialmente, ocurre en el espacio público. Como se mencionó más arriba, la apariencia estética, los comportamientos corporales pero también lo que para el resto de la sociedad implica(n) la(s) categoría(s) en la que los emplazan (personas que viven en la calle, vagabundos, drogadictos, delincuentes¹¹) generan las condiciones en las cuales se producen las relaciones entre ellos.

Si bien, como se sabe, la voluntad de los actores es uno de los emergentes más difícil de lograr y más en una investigación exploratoria, es necesario retomar la noción de la calle como elección. Entre los entrevistados, hay quienes declaran que efectivamente existe una población que hoy en día elige la calle como una opción de vida. Especialmente se trata de personas mayores que ya han sido víctimas de malos tratos y abusos, pero también de

¹¹ Son características que los entrevistados atribuían al discurso de la ciudadanía al referirse a las personas en situación de calle.

aquellos más jóvenes que ven la calle como una oportunidad de libertinaje¹². Asimismo, y aunque los entrevistados no notan esta distinción, la normativa en muchos casos adquiere un rol expulsivo que lleva a las personas en situación de calles a “elegir” entre las opciones menos negativas.

Por ello, también los entrevistados declaran que hay que relativizar dicho concepto y pensarlo en función de la historia y situación no solo de cada persona en particular, sino también dentro del sistema y estructura que representa la situación de vulnerabilidad de la que son víctimas.

“La persona que elige la calle es porque la calle también le permite, te genera ciertas libertades que te aíslan y generás como tu mundo paralelo” (**Guillermo Haiuk**).

“Muchas mujeres que están en situación de calle, mujeres grandes, son mujeres que se cansaron de ser maltratadas, de ser violentadas, mujeres que han tenido también problemas psicológicos o con drogas y el alcohol y que llega un momento que se hartan y salen a la calle y ya está. Entonces, ¿esa mujer está porque quiere?” (**Pablo Muttini**).

Cabría preguntarse entonces qué componentes constituyen la “elección” ya que no todas las personas cuentan con los mismos recursos económicos, simbólicos y sociales y, como se mencionó anteriormente, no todas las personas se encuentran en un mismo “estadio” de su situación de calle con características estructurales propias. Por ejemplo, según los entrevistados, la costumbre a/de un modo de vida entra en tensión con el hecho de querer cambiar dicha situación.

¹²**Pablo Muttini** declara “En los más jóvenes (...) hay situaciones en las cuales eligen estar en la calle (...); porque la calle les propone un menú que es muy transgresor, te permite ser libre, no hacer nada, no depender de nadie, no rendir cuentas. Te permite acceder a todo tipo de sustancias que quieras, te permite tener sexo promiscuo por sexo, te permite tener plata (...)”.

“... Hay muchos que le hemos ofrecido este lugar en Capital y no quisieron, es como que están acostumbrados” (**Cristina Arrieta**)

Como vimos en la revisión de la literatura, el trabajo sobre personas en situación de calle es extensivo; sin embargo, en lo que refiere a la construcción de la autoestima, dignidad y derechos existen escasos trabajos asociados. Según Hoffman y Coffey (2008), para avanzar en la solución de la problemática de personas en situación de calle es necesario incluir las nociones de identidad e inclusión social aunque estas dimensiones no basten solo para abordar la cuestión, particularmente cuando nos enfrentamos a la falta de un salario digno o trabajo informal, altos costos de vivienda y déficit habitacional, también estructuradoras del fenómeno.

Al mismo tiempo y como hemos mencionado, la identidad, que es una producción cultural, y los estereotipos y estigmas que ésta proyecta son elementos muy poderosos en la determinación del tipo de percepciones y, por lo tanto, de aquello que es “normal” y propio y de lo que es “anormal” y forma parte de la “otredad”; la identidad se crea y se mantiene a partir de la contraposición a las características del “otro” y del establecimiento de estereotipos (Costa Losa, 2009, p. 64; Goffman, 1968). La estigmatización que las personas en situación de calle experimentan a diario forma parte del *habitus* que estructura y delimita sus modos de vida.

Así, en relación al desplazamiento y movilidad de las personas en situación de calle, es preciso dar cuenta de la importancia del lugar en lo que refiere a la constitución de la identidad. Casey nota que no existe un lugar sin un *self*; y no existe tal *self* sin un lugar asociado (Casey, 2001, p. 406). Como se mencionó con anterioridad, también para

Lefebvre (1991) el espacio social es el espacio de las prácticas sociales, y las prácticas sociales son siempre prácticas espaciales.

De este modo, cuando nos referimos a personas en situación de calle crónica, a pesar de que los caracteriza es el arraigo al lugar en el que circulan y una red de vínculos funcionales identificados y estables, también hablamos de un vaciamiento identitario, asociado a la imposibilidad de proyectarse a futuro, y la pérdida de vínculos afectivos primarios (Palleres, 2004, p.136).

De igual forma se mencionó cómo algunos de los dispositivos realizan acciones en pos de contribuir al fortalecimiento de los vínculos sociales y su reconocimiento personal. Por ejemplo, en el Comedor Santa Teresa, comenzaron a festejar mes a mes el cumpleaños de todos los que asisten al centro:

“Llevamos a cabo la idea de festejar los cumpleaños una vez al mes, entonces si tienen algo que decir lo dicen, celebran, están re contentos con eso. Esto también es un lugar de pertenencia, de estar” (Cristina Arrieta).

Si tuviéramos que mencionar el principal emergente que nuclea la cuestión identitaria, éste sería la carga simbólica que tiene el nombre propio de las personas en situación de calle en tanto constitución de una persona que pertenece a una comunidad. Los diferentes dispositivos consideran de suma importancia el trato horizontal y para ello es menester conocer el nombre y la historia de cada una de las personas parte.

“Necesitan ser reconocidos (...) como personas. Necesitan ser dignos, ellos no sienten que son dignos (...) por eso nosotros tratamos de aprendernos sus nombres, que ellos sepan nuestros nombres y nosotros conocerlos a ellos” (Cristina Arrieta).

Resta mencionar algunas limitaciones y puntapiés para siguientes investigaciones y profundizaciones de la misma. Lo distintivo de este trabajo fue el hecho de abordar la problemática desde la perspectiva del personal que trabaja a diario con las personas en situación de calle. Ahora bien, las limitaciones y desvíos metodológicos pueden ser amplios si tratamos de generalizar motivos e intenciones de personas en situación de calle cuando nuestro objeto no son ellos. No obstante sí logramos dar cuenta de un actor muy importante en este fenómeno y su influencia en la rutina y cotidianeidad de las personas en situación de calle: las organizaciones civiles. Para futuras investigaciones se debería continuar en la sistematización de las observaciones de los dispositivos para comprender la profundidad de las diferencias entre los diferentes tipos de organizaciones. También, no menor, sumar la voz del principal actor social en este esquema, la persona en situación de calle que completa de alguna manera el entramado significativo que contempla gramáticas de producción y de reconocimiento.



Universidad de
San Andrés

6. Bibliografía

Ann Rosengard Associates y Scottish Health Feedback (2001) *The Future of Hostels for Homeless People*. Edinburgo: Scottish Executive Central Research Unit.

Amendola, Giandomenico (2000). *La Ciudad Posmoderna. Magia y Miedo de la Metrópolis Contemporánea*. Madrid: Celeste Ediciones.

Althabe, G. (2005). "Final del juego 'la solidaridad': de ahora en más 'globalización, caridad y finanzas'". En Hernández, V.; Hidalgo, C. y Stagnaro, A. (comps). *Etnografías Globalizadas*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Althusser, L., Sazbón, J., y Pla, A. J. (1988). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado: Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva visión.

Bachiller, S. (2009). Significados del espacio público y exclusión de las personas sin hogar como un proceso de movilidad forzada. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 128, 125-137.

Berleant, A. y Carlson, A. (2007). *The aesthetics of human environments*, Toronto: Broadview press.

Blunt, A., Dowling, R. (2006). *Home*. Londres: Routledge.

Borja, J., y Muxí, Z. (2001), *Espacio público: Ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Electa

Bourdieu, P. (1977). *Outline of a theory of practice*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, P. (1997). "Espacio social y espacio simbólico. Introducción a una lectura

japonesa de ‘La Distinción’” en *Razones Prácticas* (pp.11-32). Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (2000) ‘Social Space and Symbolic Space’ en D. Robbins (ed.) *Pierre Bourdieu, Vol. IV* (pp. 3-16). Londres: Sage

Burte, H. (2003), “*The space of challenge: Reflections upon the relationship between public space and social conflict in contemporary Mumbai*”. Disponible en *(In)Visible Cities. Spaces of Hope, Spaces of Citizenship*, Barcelona: Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.

Cabrera Cabrera, P. (1998): *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*, Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

Cabrera, P., Rubio, M. J., Blasco, J. (2008). *Qui dorm al carrer? Una investigació social i ciutadana sobre les persones sense sostre*. Barcelona: Fundació Caixa Catalunya.

Cabrera, P. J. C., Malgesini, G., y Ruiz, J. A. L. (2002). *Un techo y un futuro: buenas prácticas en la intervención social con personas sin hogar* (Vol. 20). Madrid: Icaria Editorial.

Calcagno, L. (1999). *Los que duermen en la calle. Un abordaje de la indigencia extrema en la ciudad de Buenos Aires*. Centro de documentación en políticas sociales 19. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Carman, M, Viera, N. C. y Segura, R. (2013) “Introducción. Antropología, diferencia y segregación humana” en *Segregación y diferencia en la ciudad*. María Carman, Neiva Vieira da Cunha y Ramiro Segura (coord). (pp 11-34). Quito: FLACSO, Sede Ecuador: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Casey, E. (2001) ‘Body, self, and landscape’, en P. Adams, S. Hoelscher, y K. Till (eds)

Textures of Place: Exploring Humanist Geographies, Minneapolis: University of Minnesota Press.

Castells, M. (2000) "*La era de la información: economía, sociedad y cultura.*" México: Siglo XXI.

Castells, M. (2009) "*Comunicación y poder*". Madrid: Alianza Editorial, S. A.

Certeau, M., Giard, L., y Mayol, P. (2006), *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México D. F.: Universidad Iberoamericana.

Cloke, P., Johnsen, S. and May, J. (en prensa) 'Exploring ethos? Discourses of 'charity' in the provision of emergency services for homeless people', *Environment and Planning A*, 37, 385-402.

Cloke, P., May, J., Johnsen, S., (2008). "Performativity and affect in the homeless city", *Environment and Planning D: Society and Space*, 26, 241-263.

Crang, M. (2000) 'Public space, urban space and electronic space: would the real city please stand up?' *Urban Studies*, 37(2), 301-317.

Csordas, T. (1994). *Embodiment and experience*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

Conradson, D. (1999) 'Voluntary Welfare Spaces in the City'. Tesis de doctorado no publicada. University of Bristol, Inglaterra.

Conradson, D. (2003) 'Spaces of care in the city: the place of a community drop-in centre', *Social and Cultural Geography* 4: 507-525.

Cooper, A. (1997) *All in a Day's Work: A Guide to Good Practice in Day Centres Working*

with Homeless People. London: CHAR.

Cooper, A., Evans, N. and Sutton, P. (1999) *Better by Design: A Practical Guide to Day Centre Design*. London: National Homeless Alliance.

Cooper, R. (2001) 'The Intersection of Space and Homelessness in Central Auckland'. Tesis de Maestría sin publicar, University of Auckland, Nueva Zelanda.

Cresswell, T. (1996) *In Place/Out of Place: Geography, Identity and Transgression*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Costa Losa, M. (2009) "El estudio de las personas sin hogar en geografía: un estado de cuestión", Tesis de Maestría sin publicar, Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Dalle, P. (2010) "Estratificación social y movilidad en Argentina (1870-2010). Huellas de su conformación socio-histórica y significados de los cambios recientes". *Revista de Trabajo*, 6(8), 59-82.

Daly, G. (1998) "Homelessness and the street: Observations from Britain, Canada and the United States" en Fyfe, N. R. (ed.) (1998). *Images of the street: planning, identity and control in public space*. Londres: Routledge.

Dammert, L. (2001). Construyendo ciudades inseguras: temor y violencia en Argentina. *EURE (Santiago)*, 27(82), 5-20. Recuperado el 17 de mayo de 2014, de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612001008200001&lng=es&tylng=es. 10.4067/S0250-71612001008200001.

Davis, M. (1992) 'Fortress Los Angeles: the militarization of urban space', en Sorkin, M. (ed) *Variations on a Theme Park: The New American City and the End of Public Space*. 154-180. New York: Hill and Wang.

Norman K. Denzin, y Yvonna S. Lincoln (Eds.). (2005). *The Sage handbook of qualitative research*. Sage.

Douglas, M. (1970). *Natural symbols*. Harmondsworth, UK: Penguin.

Douglas, M. (1971). Do dogs laugh? A cross-cultural approach to body symbolism. *Journal of Psychosomatic Research*, 15, 387-390.

Duhau, E. y Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, México: Siglo XXI.

Duncan, J. (1983) 'Men without property: the tramp's classification and use of urban space', en Lake, R. W. (ed) *Readings in Urban Analysis: Perspectives on Urban Form and Structure*. Centre for Urban Policy Research, 86-102. New Brunswick: NJ.

Easthope, H. (2004) 'A place called home', *Housing, Theory and Society* vol. 21, no. 3, 128-138.

Foucault, M. (1969). *L'arche'ologie du savoir*. Paris: Gallimard.

Foucault, M. (2012 [1975]): *Vigilar y castigar*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Garside, P. L., Grimshaw, R. W. and Ward, F. J. (1990) *No Place Like Home: The Hostels Experience*. London: HMSO.

Goffman, E. (1961) *Asylums: Essays on the Social Situations of Mental Patients*. Harmondsworth: Penguin.

Goffman, E. (1968) *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. Harmondsworth: Penguin.

Guerney, C. (1999), *Pride and Prejudice: Discourses of Normalisation in Public and Private Accounts of Home Ownership*. *Housing Studies* 14(2):163-183.

Giddens, A. (2003). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Hall, E. T. (1986). *Las distancias en el hombre*. En: *La dimensión oculta*. (pp. 139-159). México: Siglo XXI Editores.

Ham, J. (1996) *Steps from the Street: A Report on Direct Access Hostel Provision*, London: CHAR.

Harrison, M. (1996) *Emergency Hostels: Direct Access Hostel Accommodation in London*. London: SHiL.

Hidalgo Dattwyler, R. (2007). "¿Se acabó el suelo en la gran ciudad? Las nuevas periferias metropolitanas de la vivienda social en Santiago de Chile". En *Revista Eure*, 98: 57-35, Santiago de Chile.

Hoffman, L. y Coffey, B. (2008). *Dignity and indignation: How people experiencing homelessness view services and providers*. *The Social Science Journal* 45: 207–222.

Holmes, D. (ed.) (1997) *Virtual Politics: Identity and Community in Cyberspace*, London: Sage.

Kant, Emmanuel. 2000 [1781]. *Critique of pure reason*. Londres: Dover.

Lacan, J. (1984). *Escritos* (Vol. 1). Madrid: Siglo XXI.

Lefebvre, H. (1973), *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.

Lefebvre, H. (1991) *The Production of Space*, Donald Nicholson-Smith (trans.), Oxford: Blackwell.

Leiras, M. (2009) “Relaciones entre Estado y sociedad civil en Argentina: un marco de análisis” en *Construyendo confianza: hacia un nuevo vínculo entre Estado y sociedad civil*. (pp. 11-48). Fundación Cippec, Subsecretaría para la Reforma Institucional y Fortalecimiento, Buenos Aires.

Lévi-Strauss, C. (1987 [1979]). *Antropología estructural*. España: Paidós.

Ley N° 3706, B.O 26/05/2011, Poder Legislativo de la Ciudad de Buenos Aires.

Lofland, L. (1998) *The Public Realm: Exploring the City's Quintessential Social Territory*, New Brunswick: Aldine Transaction

Low, S. M. (2003) Embodied Space(s): Anthropological Theories of Body, Space, and Culture. *Space and Culture* 6(1), 9-18.

Llewellyn, S. and Murdoch, A. (1996) *Saving the Day: The Importance of Day Centres for Homeless People*. London: National Day Centres Project, CHAR.

MacLeod, G. (2002) ‘From urban entrepreneurialism to a ‘revanchist city’? On the spatial injustices of Glasgow’s renaissance’, *Antipode* 34: 603-620.

Mair, A. (1986) ‘The homeless and the post-industrial city’, *Political Geography Quarterly* 5: 351-368.

Madanipour, A. (1999) ‘Why are the design and development of public spaces significant for cities’, *Environment and Planning B: Planning and Design*, 26(6), 879-891.

Malanca, P. (2003). "Un otro alojamiento posible en el nombre de la ley". En: Malanca, P. (coord.). *Personas sin techo. Algunas consideraciones psicológicas preliminares en el abordaje de trabajo de calle*. Centro de Documentación en Políticas Sociales 28. Buenos Aires, GCBA.

Malinowski, Bronislaw. (1986). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Editorial Planeta- Agostini.

Massey, D. (1995) 'The conceptualization of place', en D. Massey y P. Jess (eds) *A Place in the World?: Places, Cultures and Globalisation*, Oxford: Oxford University Press.

Mauss, M. (1979). *Sociology and psychology*. London: Routledge and Kegan Paul.

Meert, H. et al. (2005). *The changing profiles of homeless people: Still depending on emergency services in Europe: Who and Why?* [en línea] Bruselas: FEANTSA http://www.feantsa.org/files/transnational_reports/EN_WG2_2005.pdf

Mitchell, D. (1995), "The end of public space? People's Park, definitions of the public, and democracy". *Annals of the Association of American Geographers*, 85, 108-133.

Mitchell, D. (1997) 'The annihilation of space by law: the roots and implications of anti homeless laws in the United States', *Antipode* 29: 303-336.

Mitchell, D. (2001) 'Postmodern geographical praxis? The postmodern impulse and the war against homeless people in the 'post-justice' city', in Minca, C. (ed) *Postmodern Geography: Theory and Praxis*. (pp. 57-92.) Oxford: Blackwell.

Mitchell, D. (2003): *The right to the city: social justice and the fight for public space*, New York: Guilford Publications.

Muñoz, M; C. Vázquez y J. J. Vázquez (2003): *Los límites de la Exclusión. Estudio sobre*

los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid, Madrid: Témpora y Caja Madrid.

Neale, J. (1997) 'Hostels: a useful policy and practice response?', en Burrows, R., Pleace, N. y Quilgars, D. (eds.) *Homelessness and Social Policy*. 203-215. Routledge, London.

Paillard, J. (1974). *De l'espace corporel a` l'espace e`cologique*. Paris: PUF.

Palleres, G. (2009). Límites y alcances del accionar del Parador Nocturno Retiro del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires para personas sin hogar. *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología –ALAS*. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. ISSN: 1852-5202.

Palleres, G. (2010) *Resignificación socioespacial y construcción de subjetividad. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires*. Revista CUHSO, Vol 19, N°1., Universidad Católica de Temuco, Chile.

Palleres, G. (2012) Derecho a la ciudad: personas sin hogar en la ciudad de Buenos Aires en *Dimensiones del hábitat popular latinoamericano*. Instituto de la Ciudad FLACSO Ecuador CLACSO, Quito.

Parr, H. (2000) 'Interpreting the 'hidden social geographies' of mental health: ethnographies of inclusion and exclusion in semi-institutional places', *Health and Place* 6: 225-237.

Parr, H. (2003) 'Medical geography: care and caring', *Progress in Human Geography* 27:212-221.

Piaget, J. (1964). *Episte`mologie de l'espace*. Paris: PUF.

Rao, V. (2009). Embracing urbanism: the city as archive. *New Literary History*, Volume

40, Number 2, Spring 2009, pp. 371-383

Rosa, P. C., (2009) “Las prácticas de encierro hoy: Reflexiones de la mano de Michel Foucault sobre los programas destinados a personas en situación de calle” *Revista Afuera - Estudios De Crítica Cultural* Año IV (6) Mayo.

Rosa, P. C., (2013) ¿Cuántos son, quiénes son los habitantes de la calle?: Acercamientos a las cifras. *Trab.soc., Santiago del Estero*, n.21, Disponible en <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1514-68712013000200033&lng=es&nrm=iso>. accedido en 14 abr. 2014.

Ruddick, S. (1996) *Young and Homeless in Hollywood: Mapping Social Identities*. London: Routledge.

Sack, D. (2001). ‘Place, power and the good’, en P. Adams, S. Hoelscher and K. Till (eds) *Textures of Place: Exploring Humanist Geographies*, (pp. 232-245). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Salcedo, R. (2002), “El espacio público en el debate actual: Una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno”. *EURE* (Santiago), 28(84), 5-19.

Sánchez Morales, M. (1999): «Las personas sin hogar en España», en *Tendencias de desigualdad y exclusión social*, dir. José F. Tezanos, Madrid: Sistema: 617-642.

Segre, C. (1985) “Tema/motivo” en Segre, C. y Santayana, M. P. *Principios de análisis del texto literario*, cap. 8, (pp. 329-366), Barcelona: Crítica

Segura, R. (2006). Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico. *Cuadernos del IDES*, 9.

Shonfield, K. (1998) *At Home with Strangers: Public Space and the New Urbanity*,

Working Paper 8: The Richness of Cities, London: Comedia and Demos.

Sibley, D. (1995) *Geographies of Exclusion*. London: Routledge.

Snow, D. A. and Anderson, L. (1993) *Down on Their Luck: A Study of Homeless Street People*. Berkely: University of California Press.

Soja, E. (2000) *Postmetropolis: Critical Studies of Cities and Regions*. Oxford: Blackwell.

Somerville, P., (1992). "Homelessness and the Meaning of Home: Rooflessness or Rootlessness?", *International Journal of Urban and Regional Research*, 16 (4), 529-539.

Svampa, M. (2005). *La Sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del Neoliberalismo*, Buenos Aires: Tauro.

Taylor, S. J., y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. La búsqueda de significados. Síntesis, España.

Thomasz, A. G (2013). "Derecho a la ciudad y derecho a la belleza en la Ciudad de Buenos Aires. Construyendo el derecho a la ciudad" en *Segregación y diferencia en la ciudad*.

María Carman, Neiva Vieira da Cunha y Ramiro Segura (Coord), (pp. 61-82). Quito: FLACSO, Sede Ecuador: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO): Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.

Velázquez, F. (ed.) (2007). *Conversaciones sobre el derecho a la ciudad*. Bogotá: Fedevivienda

Verón, E. (2004). *Fragmentos de un tejido*. Buenos Aires: Gedisa SA.

Verón, E. (2013). *La semiosis social, 2. Ideas, momentos, interpretantes*. Buenos Aires: Paidós.

Virilio, P. (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Waters, J. (1992) *Community or Ghetto? An Analysis of Day Centres for Single Homeless People*, London: CHAR.

Wolch, J. y Dear, M. (1993) *Malign Neglect: Homelessness in an American City*. San Francisco: Jossey-Bass.

Wolch, J.R., Rahumian, A., Koegel, P.,(1993).“Daily and Periodic Mobility Patterns of the Urban Homeless”, *The Professional Geographer*, 45 (2), pp. 159-169.

Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.



Universidad de
San Andrés